

ANTOLOGÍA

A woman in a white dress is shown from the back, holding a bouquet of red roses. The scene is set in a field of flowers, with several red roses scattered on the ground and in the air. The background is a soft, out-of-focus landscape with greenery and a bright sky.

Ilusiones prestadas

CLARA R. SIERRA

Ilusiones prestadas

Ilusiones prestadas

Clara R. Sierra

Título: Ilusiones prestadas

Primera edición: octubre 2020

Copyright © 2020 Clara R. Sierra

Registrado en Safe Creative

Designed by freepic.diller / Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi familia, a todas las personas que me invitaron a participar en sus proyectos y a ti lector que me das una oportunidad.

«Deseando que mi trabajo les sea grato a los hombres, pues así sanará al enfermo, se consolará el triste recordará el amor el que ya amó y enseñará lo que es amor al que nunca ha amado, pues nadie, hasta ahora, pudo librarse de él, ni tampoco se podrá librar en el futuro, mientras haya belleza y ojos que la miren. Que las Musas nos concedan contar, con inspiración, los amores de otros». Longo Sofista

Índice

[Prólogo](#)

[El ascensor](#)

[El día menos esperado](#)

[Besos tatuados](#)

[Escribir es mi vida](#)

[Regálame tu amor](#)

[Quiero más](#)

[La victoria del corazón](#)

[Inseparables](#)

[Una feliz navidad](#)

[Hoy tampoco pensé en él](#)

[El día de la no-reconciliación](#)

[Dos Extraños](#)

[Solo un sueño](#)

[El robo de la soledad](#)

[Cuando la vida perdió la cordura](#)

[Desde donde escribo](#)

[Pide un deseo](#)

[Una nube de verano](#)

[Haikus](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Querido lector](#)

Prólogo

Estoy empezando a pensar que los libros tienen vida propia y eligen cuando quieren ser publicados. A pesar de tener varios proyectos empezados, un día me desperté con la idea fija de que era el momento de publicar una recopilación de todas las colaboraciones que hice y aquí están.

Han sido seis años en los que escribía para otros. Mis ideas, ilusiones, eran prestadas para Fan Pages, grupos de Facebook, antologías benéficas o no y programas de radio. Creo que para todos los que empezamos en este mundillo es un verdadero honor ver nuestro texto publicado y más si es para una buena acción.

Puede sonar un tópico, pero es cierto, recibes mucho más de lo que das. Cada texto que creas es un aprendizaje que no te enseña ningún curso de escritura y he participado en varios. La razón es que uno de los mejores ejercicios para aprender a escribir, es hacerlo y cada vez que tienes el reto de plasmar un relato de la nada: de eso trata.

Recuerdo la primera vez que escribí un relato para ser publicado en la antología benéfica La vida es bella. Pensaba, ¿cómo me dejan publicar con ellas? La mayoría eran ya escritoras con varias novelas a sus espaldas y a partir de ahí salieron muchas otras.

Cuando comentaban en el grupo el proceso de subir el libro en la plataforma Amazon, juro que lo veía como cuando el hombre pisaba la luna. Lo viví como si fuese irreal. A mí no me podía pasar eso... y me pasó.

Cuando por fin vi mis letras en papel fue como; lo he conseguido. Debo decir que soy muy crítica conmigo misma y me sentí orgullosa de mi trabajo. Ya sé que es mejorable, de eso se trata de progresar, pero sentí que tenía calidad suficiente como para si lo viese en una librería pudiese tener un nivel bueno.

También parecía que al escuchar que me leían en la radio, no era mi texto o me diese tanta vergüenza... No sé, cada vez que escribes no puedes evitar mostrar alguna parte íntima de ti que quizá no mostrarías de otra forma. Esa es la magia de la literatura.

Fue maravilloso documentarme para los relatos. En La victoria del corazón fue como visitar el norte de Francia en plena primera guerra mundial y en Inseparables a Roma y mirar por sus calles. Es uno de los regalos que tuve, aprendí a localizar lugares donde luego poder crear novelas.

También los personajes se quedan un poco en ti y los sientes un poco como amigos imaginarios. No pienses mal. Son «amigos» porque pasas mucho tiempo pensando en ellos y darles vida, «imaginarios» porque son producto de tu mente. Alguno se merece un poco más de mí...

No descarto la idea de que varios de estos relatos se conviertan un día en novelas, ya que creo que pueden aportar bastante si se escarba un poco más en ellos y en sus historias. Conforme pasaba el tiempo me costaba más recortar el texto, los personajes pedían más presencia y eso es genial cuando no quieres parar de darle al teclado.

Sin duda, ha sido una experiencia única. Cada vez que me invitaban a colaborar paraba el blog y todo para disfrutar escribiendo. Hubiese querido incluso participar en más, pero a veces no daba abasto. También hay algún relato que no puedo publicar aquí porque cedí los derechos, pero os invito a que también les echéis un vistazo. Se llama Pisadas que dejan huellas y es a favor de x. También hay otra colaboración que no he publicado porque aún no salió a la luz.

De corazón puedo decir que si alguna de estas letras sirvió para que una asociación tuviese beneficios, me doy por satisfecha. Me consta que en alguna sí, así que meta conseguida.

Ahora toca que estos diecinueve textos se unan para formar mi propio libro. He tenido la suerte de

que he escrito desde erótica (suave), romántica, algo de misterio...etc. Aquí tenéis una miscelánea bastante interesante que espero que disfrutes, tanto como yo al escribirla. Todo ese esfuerzo unido para que puedas leer algunas pinceladas de mis letras.

El ascensor

La amaba en el secreto del silencio, solo se permitía acariciar su cuerpo con torpes miradas y olía su esencia cuando sus cuerpos se aproximaban para hablar en el trabajo.

Cada día se acicalaba para ella, para la que parecía que no existía. El fin de semana era una tortura para él, pensando en que haría... Y se tenía que obligar a liberar su mente con fiestas, deporte y otras mujeres que no significaban nada para él.

Hasta que un día ordinario, de un mes cualquiera, subieron juntos en el ascensor hacia la oficina. Un clack paro en seco la cabina. Quedando atrapados.

Él pensó que era el paraíso y la miró. Estaba poniéndose blanca e hiperventilaba. Le preguntó si estaba bien, una pregunta estúpida. Sabía todo lo que en la oficina se hablaba de ella y padecía claustrofobia.

Se acercó a ella, en un gesto amable le dijo que no tuviese miedo y le desabrochó los primeros botones de la camisa. Le regalo una tímida sonrisa. Entonces bajo la cremallera de su falda y no tuvo que hacer más.

Su boca busco la suya y él no pudo menos que corresponder su beso. Durante un segundo la miró, pensando si aquello era real o una de las fantasías con las que cada noche se dormía.

Sus ojos destilaban deseo, fuese lo que fuese llegaría hasta el final. Suspiró, alzándola en brazos sin dejar de besarla.

Ella rodeo con sus piernas su cuerpo, mientras él no dejaba de devorarla primero la boca, bajó por el cuello, descubrió su pecho y lo gozó. Ella jadeante bajo sus pantalones y lo acarició.

Él se tuvo que contener para no explotar de pasión. Desgarro su ropa interior. Y empezó el vaivén que busca el placer de la carne. Ella le susurraba al oído todo lo que había anhelado y le revolvía el pelo. Juntos llegaron donde explotaron sus sentidos.

Se besaron despacio y dulcemente para despedir los cuerpos. Oyeron voces desde fuera. Apenas habían pasado unos minutos que cambiaron sus vidas. Ella le descubrió y el la conquistó para siempre.

Gracias a la invitación de Eva Siempre Sola publiqué este relato en la Fan Page de Facebook: Relatos llenos de amor, siendo el post elegido como publicación destacada llegando a obtener más de 500 likes, en el año 2014.

El día menos esperado

Ana no era igual que el resto de las mujeres. Vivía entregada a su trabajo y aunque rondaba los 40 no le atraían los convencionalismos. No estaba dentro de sus planes la idea de casarse, ni formar su propia familia. Se le volaban los días delante del portátil.

Tan sólo le acompañaban los recuerdos de un ayer, ya muy lejano en el tiempo, cuando de adolescente se enamoró por primera y única vez.

Si una de sus amigas le rompía su rutina y la invitaba a cenar. Se imaginaba como sería su vida en pareja con él. Cuando un niño se acercaba jugando a ella. Miraba con curiosidad su cara, elucubrando como sería un hijo con él.

En casa los días que recibía el frustrante sermón de que sus padres eran mayores y querían verla casada antes de morir. Solo pensaba en cómo se llevarían con él.

Era todo su mundo y su mundo nada era, más que ilusiones vanas.

Antes de dormir recordaba el brillo de sus ojos al mirarla, los reflejos cobrizos de su pelo al sol, de sus manos suaves cuando se entrelazaban con las suyas y esos besos que le hacían perder la noción del tiempo.

Hasta que el día menos esperado al regresar de su trabajo, vio a lo lejos un extraño que no dejaba de mirarla.

Al principio no le hizo caso, pero luego pudo más la curiosidad y al llegar a su encuentro... Allí estaba el que ocupaba todos sus sueños, dormida y despierta. La miraba dulce y tímidamente, esbozando una sonrisa.

Se paró en seco pensando que era una ensoñación. Lo miró absorta. El brillo de sus ojos se había apagado, los reflejos cobrizos de su pelo se volvieron canos y ralos, las manos se hallaban endurecidas por los años y su boca ya no le pareció apetecible.

No sintió nada. Vacío solo vacío. Se giró y prosiguió su camino en silencio. Apenas habían sido unos segundos, para borrar de un plumazo todo lo que sintió a lo largo de tantos años.

Durante el día le persiguió esa escena, pero no comentó nada. Sólo pensaba y meditaba de todos estos años. Cuando fue a dormir no tuvo nada en lo que pensar... Y por primera vez pensó en ella.

Gracias a la invitación de Rouss González este relato fue leído por ella, en RAC
Radio de Acapulco (México), el año 2015.

Besos tatuados

Como siempre llegó tarde. Así tendría la seguridad de que estaban todos allí y si no se marcharía. No soportaba estar sola en esos antros por si se le acercaba un buitre intentando ligar con ella.

Abrió la puerta decidida. Vio que estaban todos sentados al fondo. Lejos de acercarse en un primer instante, lo hizo a la barra del pub. Pidió ron-cola, lo pagó y entonces se acercó a la mesa que le esperaba. No le extrañó que bromearan por su tardanza, ni tampoco le importó. La más lanzada la miró fijamente preguntándole con aspecto curioso:

—¿Tienes una cita después?

—No, ¿por qué?

—¿Te has vestido así para venir aquí?

—¡Ah! La ropa. ¿Qué más da? Lo primero que encontré.

—Tú siempre tan sencilla...

No llevaba ni cinco minutos sentada y se aburría como una ostra. Si era el tema de conversación automáticamente quedaba fuera, perdiendo toda la gracia. Se disculpó dirigiéndose al baño.

Simplemente se atusó el pelo y se volvió a pintar los labios. Escuchó abrirse la puerta, pero no le prestó atención. De repente le sorprendieron unas manos que, la envolvieron por la cintura. Miró a través del espejo. Era una cara conocida. Secamente le apartó.

—¿Dónde vas?

—¿Tú qué crees? ¿Ya no te acuerdas lo bien que lo pasamos la otra vez?

—¿Y das por sentado que hoy también te lo pasarás bien?

—Yo había pensado que después de lo que pasó...

—Después de lo que pasó: nada. Pasó y pasó.

Salió del servicio, ante la cara de desconcierto del invasor de su momento de relax. Se volvió a sentar a la mesa. Escuchó las risas producidas por los últimos cotilleos, dejando volar su mente lejos. Tanto como 10 años atrás, cuando tuvo lugar su primer beso.



Lo conocía hacía un año. Era una más de las muchas chicas que le iban detrás. Como suele pasar en estos casos, la que de verdad le gustaba no le hacía caso. Las veces que le había pedido de salir le había dicho que no, entonces se enfadaba echándole en cara que ya habían salido antes a lo que ella respondía: «Lo mismo que te dije que sí, ahora te digo que no». Dejándole con tres palmos de narices.

Una noche hicieron una fiesta en la casa de un amigo. Sus padres estaban de cena y volverían tarde. Estaba la pandilla al completo: 7 chicas y 5 chicos. Se sentía incómoda. Le dijeron que ninguna se cambiaría porque sería solo un rato, pero todas se habían puesto sus mejores galas.

Tuvo suerte de que ese día no tocaba clase de Educación Física, por lo menos vestía de calle y no con chándal. Bebían y fumaban jugando a ser adultos. El alcohol apenas se gastaba porque a nadie le gustaba. Fumaban poniendo caras extrañas. Simplemente lo absorbían, lo mantenían en la boca y lo exhalaban.

Él estaba sentado a su lado y entre juegos le pasaba el cigarrillo, mientras le daba caladas. Cada vez lo alejaba menos para que tuviese que acercarse. En un descuido le rozó los labios. Se apartó

rápido roja de vergüenza, mientras los demás intrigados miraban y se daban codazos.

—Venga ya, no seas tonta si es solo un beso.

—¡Estate quieto!

—Pero, ¿por qué no quieres?

—Está todo el mundo mirando...

—Ven, vamos arriba.

Le tomó de la mano. La trataba con mucho cuidado. Le encendió la luz del pasillo para que no tropezase. Entraron en un dormitorio. Le entró el pánico al ver la cama y se colocó junto a la ventana. Fue hacia ella, le abrazó por la cintura intentando besarla, pero apartaba la cara.

Con paciencia le fue repartiendo besos por la cara y el pelo hasta que dejó de esquivarle. Cuando sus bocas se unieron, la entreabrió e intentó acariciarla con su lengua, pero se apartó asustada.

—Si ya sé que no has besado antes, pero lo haces bien.

¿Lo hacía bien? Lo miró, tuvo claro que le gustaba y quería. Pareció leer sus pensamientos. Besándole como se besan los adolescentes dulcemente con la calma sabedora de que no es el preámbulo de nada. Recreándose en cada recoveco. Pasándose así varios minutos, puede que horas disfrutando del beso.

De pronto pegaron en la puerta. Era la hora de irse. Se separaron. Bajaron la escalera sin decir una sola palabra.

En el trayecto a casa algunas de las chicas se arremolinaron a su alrededor preguntándole mil cosas, a lo que solo respondía con sonrisas. Le ilusionaba escribirlo en su diario. ¡Su primer beso! ¿Y si le pedía de salir? Sería su primer novio... Y puede que su primera vez.

Volvió la cara para despedir a una amiga... Allí estaban: el mismo chico con el que tantos planes hacía, se estaba besando con la chica que no dejaba de decirle que no.

Todas las miradas se giraron esperando su respuesta. Por su mente cruzó un pensamiento, como vuelan las avionetas dejando estelas en el cielo, solo que esta no se borraría tan fácilmente: «Si esto es lo que quieren los chicos, eso tendrán: besos y si te he visto no me acuerdo». Calló y siguió su camino hacia casa, por supuesto al llegar no escribiría nada. No se lo merecía.



Respiró profundamente mirando a su alrededor. Era gracioso las vueltas que da la vida. En aquella misma mesa se encontraban las 12 personas de aquella fiesta. El chico que la besó por primera vez salía del aseo iracundo. Aquella noche quedó tatuada para siempre en su alma y de vez en cuando le gustaba atraer a quien la rechazó. Demostrándose a si misma que ahora era ella la que se podía dar el lujo de decir a quien quisiera: «Lo mismo que te dije que sí, ahora te digo que no».

Gracias a la invitación de Chris M. Navarro este relato fue publicado en la antología benéfica La vida es bella, siendo sus ganancias a favor de la Asociación HHT, en el año 2015.

Escribir es mi vida

Si estáis leyendo estas letras es que mis sospechas eran ciertas y no fruto de mi imaginación o de falsas supersticiones.

Todo empezó cuando por fin me decidí a publicar un libro. Desde que tengo uso de razón es un sueño que siempre pensé que conseguiría. La oportunidad vino de la mano de un amigo de la familia. Acababa de fundar una editorial y querían apostar por autores noveles. No me pude negar a colaborar en lo que hace años es mi pasión: escribir. En mi primera experiencia como escritora me decanté por hacer una novela inspirada en la vasta historia de mi familia de alto abolengo.

La mañana de la publicación me desperté con la noticia de que mi abuela había fallecido. Realmente no era algo extraordinario, ya que mi abuela tenía 90 años y sufría del corazón. Mi alegría de ser publicada se vio nublada ante tal acontecimiento, como podréis suponer.

De vuelta a la rutina intenté evadirme de mis pensamientos. Me centré en que mis escritos vieses la luz. Esta vez quería hacer algo más liviano escribiendo un cuento donde los animales eran los personajes principales de la obra. Esperaba con ansias la publicación, pero esta también se vio empañada por otra desgracia.

Esta vez fue mi gata Luna la que había sido encontrada en el jardín de casa sin vida. La pobre tenía la costumbre de «tomar cosas prestadas» al vecino y ya había avisado que si volvía se encontraría con una sorpresa.

Me encontraba realmente triste y mi único consuelo era la escritura. Todo mi tiempo lo dedicaba a idear textos en los que compartir un trocito de mí. Me puse manos a la obra redactando una historia de fantasía, como cuando era niña con mis amigas de juegos. Me pasé meses recordando y trasladando al papel historias de dragones y princesas.

La mañana de su publicación me sorprendió con la noticia de que mi mejor amiga había desaparecido de nuestras vidas, esta vez de manera imprevista. Sus últimas palabras fueron que «estaba cansada», volando el hálito de su alma.

Estaba sumida en un dolor tan profundo, que pensé que podría utilizar todo ese desgarró en otro de mis libros haciendo una novela de desamor. Mis ideas fluían de tal modo que el dolor se convertía en gozo.

Mi insomnio ya era algo común, por lo que pasaba las madrugadas escribiendo. Al rayar la luz del alba por la ventana me iba contenta a la cama. Me sentía liberada y satisfecha. Tormentosamente otra funesta noticia me oscureció la publicación.

Esta vez se trataba de mi pareja, que con tanto mimo me despedía cada noche dejándome para irse a dormir, a sabiendas de lo mucho que disfrutaba en mis noches dedicadas a escribir.

Una losa se incrustó en mi pecho que me impedía respirar y mil ideas se agolpaban en mi mente. Como un rompecabezas se fue ordenando en mi juicio algo que parecía ser totalmente ilógico.

¿Cómo era posible que cada libro se cobrara la vida de un ser querido? Hace mucho tiempo que descubrí que escribir es mi vida y que sin ello carece de sentido, por lo que esta madrugada escribí la que puede que sea mi última obra donde hablo solo y exclusivamente de mí.

Quisiera que se publicara como el resto, aunque sea de manera póstuma. Si mi existencia termina por dicha causa, no me importa. Mi obra será eterna y pasará en la biblioteca familiar de generación en generación. Por lo que yo también lo seré.

En caso de que ocurra tal desenlace fatídico, al ir como cada mañana a despertarme la ama de llaves no encontrará mi cuerpo dormido en mi cama, si no en el letargo infinito sentada en mi

escritorio y con esta carta pidiendo que mis cuerpo inerte sea conducido junto con el de mi esposo.

Siempre vuestra:

Clara

Gracias a la invitación de Esther Borrero Calderita este relato fue publicado en la antología Una noche de terror, de la iniciativa Reto de Halloween del blog Acompáñame, en el año 2015.

Regálame tu amor

Viaje hacia sus labios

El todoterreno paró en seco. Miraban desde sus respectivas ventanillas la imagen bucólica. Se podía divisar hasta donde el ojo llegaba, como la naturaleza dominaba el lugar.

Se hallaban rodeados de majestuosas montañas, valles y no muy lejos se encontraba un cristalino lago. La única huella de la mano del hombre era la carretera por donde habían venido. Aparte de la que sería su hogar durante su escapada de la civilización para adentrarse en la verdadera esencia.

Estaba totalmente hecha de piedra y madera, con el techo empinado para dejar caer la nieve a sus anchas. Su portada constaba de un lustroso porche de madera que le daba un encanto único a aquel lugar. De repente un silencio incómodo inundó el vehículo, al dejar de sonar en la radio I don't want to live without you de Foreigner.

—Bienvenidos a la cabaña que será nuestra vivienda para celebrar el día de los Reyes Magos. Espero que nos traigan muchos regalos —anunció con sorna a sus compañeros.

Lauren, tenía el pelo castaño, se notaba que llevaba un par de meses de retaso en el corte. Dejando ver sus ondas con las puntas rubias. Sus ojos por el contrario, eran casi negros y su piel de un moreno natural.

—Ahora no quiero ver a nadie escaquearse. Cada uno que no se olvide de sus equipaje o tendrá que venir él mismo a por él— propuso antes de bajar del coche.

Los demás lo imitaron. Abrió el maletero y cada uno se hizo cargo de su pequeña maleta. Las chicas además de sus respectivos bolsos.

—¿Quién quiere inaugurar nuestra nueva morada? —canturreó Silvy sonando en su menuda mano derecha las llaves.

Sus ojos verdes le brillaban como la niña que estrena zapatos buenos. No dejaba de balancear al ritmo su cabello rubio escalonado a la altura de la barbilla.

—Nadie tiene prisa. Mejor seré la primen —reía al abrir la puerta y entrar sin esperar a nadie.

—¿Te ayudo con el equipaje? —preguntó un chico de algo de más de 1.70 y cuerpo atlético. Sus ojos eran tan oscuros como su pelo. Lo tenía cortado a conciencia porque Maurice, quería esconder sus traviosos remolinos. En cambio su piel era nívea.

—No, Gracias. Ya puedo sola. Solo es un día, traje poquitas cosas —le respondió tímidamente.

La situación era de los más sorprendente para ella: se había reencontrado con su inseparable compañera de estudios después de más de 7 años, el chico que le ofrecía su ayuda era el mejor amigo del marido de esta y se habían conocido a través de las redes sociales al tenerlos de amigos en común. Le resultaba todo como si fuese un sueño surrealista. Muriel apartó un mechón castaño de su cara, cuando empezó su camino hacia la puerta.

Al entrar el decorado navideño la sorprendió. Un inmenso pino llamó su atención primorosamente decorado. No salía de su asombro de ver la chimenea encendida, la mesa puesta y todo reluciente.

—¿Y esto? Pensaba que estábamos en medio de la nada, ¡Ostras! Lo mismo nos hemos equivocado y la cabaña ya está ocupada. —Y hizo ademán de marcharse.

—Muriel, siéntate y ponte cómoda que vamos a almorzar. Al alquilar la cabaña la dueña te pregunta cuando llegas para tenerlo todo listo. ¿No querrás pasarte todo el día limpiando y buscando

leña? —Miró con ternura a su amiga.

Se tuvo que pellizcar en un muslo para evitar reírse y que se sintiese incómoda. Por el contrario, se rio de si misma por su falta de experiencia en estas cosas.

Se sentó a la mesa y fueron los chicos los que se encargaron de colocar la comida ya preparada. De comida principal: Un pavo horneado, patatas gratinadas con judías verdes y otras verduras cocidas. De postre ponche de huevo y dulces tradicionales. Regado con vino y cava.

Todos estaban hambrientos después de un viaje de 3 horas de duración. Conocer aquel lugar bien lo merecía. Aparte de que la cabaña tenía todas las comodidades. La falta de cobertura la suplía una radio para comunicarse con los dueños.

No dejaban de hacer fotos para después presumir de sus minis vacaciones.

La conversación era fluida. Realmente habían logrado conectar entre todos. Al terminar la copiosa comida Muriel se ofreció a recoger. Maurice no tardo ni un segundo en nombrarse su ayudante. Ambos en perfecta armonía lo fueron colocando todo. Se notaba que Maurice vivía solo porque casi se manejaba mejor con la distribución de enseres. 15 minutos más tarde habían terminado.

—¡Voilà, todo listo! Formamos un buen equipo ¿eh? —observó enorgulleciéndose de él mismo.

—No lo haces mal como compinche... —le respondió burlona.

—Pero si la mayor parte la hice yo. Así que te quieres llevar mi mérito, tramposa —declaró al advertir que se le había olvidado una cuchara y la mostro triunfal como muestra de que había hecho mejor su trabajo.

Ella fue a atraparla riéndose por su olvido. Le era imposible llegar a su altura ni poniéndose de puntillas. Lo que dio como resultado que ambos cuerpos quedaran totalmente pegados. El aproximó sus labios a los de ella y dulcemente los rozó para después aprisionarlos en un beso apasionado. Ambas respiraciones se agitaron. A lo que ella asustada instintivamente se separó. Sin mediar palabra salió de la cocina.

El resto del día pasó agradablemente. Las chicas tenían mucho que contarse para ponerse al día y los chicos jugaban a cartas porque ninguno se acordó de llevar una consola y juegos.

En la cena se volvieron a unir todos. Disfrutando de los manjares que habían dejado preparados para ellos. Muriel evitaba tanto el contacto con Maurice, como que se notase algo fuera de lo común. No quería crear mal ambiente. Tampoco es que le hubiese hecho algo malo ¿o sí? ¿Por qué le habría besado?

Fue la situación se decía a si misma. Vio vía libre y se lanzó ¿o había algo más? En cierta manera había sido una especie de cita. Cuando la invitaron a ir y le dijeron que Maurice iba tenía curiosidad por conocerle. Lo que nunca se imaginó es que fuese un viaje tan rápido hacia sus labios.

Se sentía como una colegiala llena de dudas, ¿y quién le ayudaba a solventarlas todas en su época de estudiante? Su amiga Silvy. Con la excusa de que tenían que ponerse al día propusieron que se quedarían después de la cena un rato hablando cosas de chicas.

Confidencias

Ambas amigas tenían la mirada fija en la incesante danza del fuego, mientras hubiese leña que lo alimentase. Acurrucadas en el sofá al abrigo de una manta y devorando un helado de nata y fresa. Debatían de lo diferente que para ellas era el concepto de felicidad en sus vidas.

—A ver si lo entiendo: el chico te gusta ¿pero le rechazaste? —expuso Silvy rompiendo el trance

hipnotizador y concentrándose en la reacción de su amiga.

—Se podría resumir en eso a grandes rasgos, pero es más complicado. No lo entenderías —manifestó Muriel mirando al suelo, como si buscara las palabras para hacerse entender—¿Has visto que cuerpazo tiene? Pues yo ya no tengo veinte años y se nota aquí —dijo señalándose con ambas manos el pecho—Me divorcié hace 5 años y lo pasé muy mal, tuve que tomar incluso antidepresivos y por eso o yo que sé... También se nota aquí y aquí. —Esta vez se señaló la tripa y el trasero—. Y no es solo eso. Como diría un yonqui «estoy limpia», no siento nada por un hombre y me hace sentir en paz. Realmente, no quiero cambiar eso. Estoy bien así: Tengo mi trabajo, familia, amigos... ¿Qué más puedo pedir? —Esperó la respuesta dando un soplo de hastío, sabía que no sería fácil que la comprendiese.

—Amor, te falta amor ¿Sabes esos monitores de los hospitales? Con cada latido dan un pequeño pitido. Es verdad que a veces hay unas subidas, para luego bajar y volver a subir. De eso trata la vida de pequeños retos o problemas que cuando se resuelven te hacen subir a las más alto y sentir que eres la persona más feliz del mundo. Ese instante por efímero que sea, vale por todos los obstáculos que hayas tenido que salvar. En cambio tú has decidido mantenerte en línea recta con un incesante pitido... ¿Sabes que ocurre cuando ese monitor muestra esa gráfica? Que el paciente está muerto. Has decidido matar todas tus emociones para que no te vuelvan a hacer daño, pero ese chico ¿qué culpa tiene de lo que te pasó con Denis? —Movié la cabeza con benevolencia y no le dio tiempo a contestar—Además ese chico, ¡quería tener sexo contigo! No te iba a tomar medidas para hacerte un traje... Bueno sí, un traje de saliva —rompió con una gran carcajada.

—Es imposible hablar en serio contigo, siempre sueltas una de las tuyas —le recriminó reprimiendo una sonrisa—Precisamente por eso, llevo desde que me divorcié sin estar con nadie. ¿Crees que si me acuesto con él me voy a conformar? ¡No! No quiero ser el «desahogo» de nadie, ni necesito a nadie para «desahogarme». Me basto y me sobro solita. Si me acostase con él, sería porque me gustase y si me gusta quiero más... Me da igual que hoy en día la gente no piense así. Yo soy así y punto. Cuando me separé lo intenté, supongo que por venganza y no pude hacerlo... Ya sé que Maurice no es mi ex ni tiene culpa de nada, pero no es fácil ¿sabes? Me trasladaron en mi trabajo, la distancia enfrió la relación y le pedí tiempo para pensar en nuestro matrimonio, ¡de verdad quería tiempo para pensar! Cuando tuve claro que no podía vivir sin él, tuvimos una cita y antes de abrir la boca me pidió el divorcio. ¡Habían pasado dos meses, ¡joder! Y él ya había rehecho su vida. A veces pienso que lo hizo por venganza, porque estoy segura que no la conocía de antes, si no... Fueron los tres años más felices de mi vida hasta lo del puto traslado y para él por lo visto no significaron nada —terminó su confesión perdiendo la mirada en la flamante llama.

—Querida aprendiz, me estás dando la razón al decir que fueron los tres años mejores de tu vida. Pasa página de una puñetera vez ya y dale una oportunidad a ese chico —le propuso dándole un codazo y metiéndose una enorme cucharada de helado en la boca, a modo de recompensa por su victoria dialéctica.

—Querida, Doctora amor, no te veo con prisa por ir a empujar el colchón, por lo que puedo considerar que no pones en práctica tus propios consejos.

Le lanzó una sonrisa a modo de dardo envenenado. Haciendo que se atragantase con el helado y ella tomó otra gran cucharada a modo de «touché».

—Discutimos antes de venir, son cosas de pareja. Es normal. Además estoy cansada y me dormiría—expuso cambiándole el gesto de la cara contrariada.

—Excusas, excusas y excusas— y ambas rieron al unísono.

Mientras sentados en un escalón de lo alto de la escalera de madera Lauren y Maurice escuchaban

todo con máxima atención. Ataviados con sus pijamas de franela. Estos no eran suficiente abrigo para resguardarse del frío, por lo que se frotaban los brazos de vez en cuando. Envidiando en secreto la proximidad a la chimenea.

—Te dije que le ponías. Vi como te miraba el culo cuando cargábamos el todoterreno. Lo que pasa que ya sabes como son las tías: que si su ex, que si esta gorda, que si quieren tener hijos... no se entienden ni ellas—aseguró Lauren apoyando la barbilla en su puño pensativo.

—Pero si la besé y estaba más cachonda que yo... 5 años sin sexo... ¡Madre mía eso es una botella de cava bien agitada a punto de explotar en cualquier momento! Me iba a poner morado. Creo que adelgazaría de tanto «ejercicio» y se le quitarían todas esas tonterías —rió mientras se frotaba las manos, pensando en lo bien que se lo podrían pasar. Hasta que algo lo despertó de sus ensoñaciones— ¿Eh? Ninguna hablo de niños, ¿a qué vino eso? —Y lo miró con curiosidad.

—Es por lo que discutimos: Silvy quiere que tengamos un hijo. Que es igual a: nada de juergas, ni viajes, ni dormir del tirón nunca más y si alguien le hace el mínimo rasguño ir cortando cabezas —insinuó haciendo un gesto con el dedo índice en su propio cuello.

—¡A veces se me olvida lo bestia que puedes ser! Yo que sé tío. Lleváis 2 años casados, más el tiempo que vivisteis juntos... Creo que es normal, supongo que será el reloj biológico ese. De todas formas todos los colegas que tenemos casados ya tienen críos —lo mencionó más como reflexión que esperando una respuesta.

—Que yo sepa tú no tienes críos y eres mi colega ¿no? —replicó desafiante.

—Que yo sepa tampoco tengo pareja y a esta creo que no hay forma de embarazarla —rió, mientras sacudía su mano derecha—. Se supone que por eso, vine a conocer a la amiguita de tu mujer. En las redes sociales hablamos varias veces y la foto que tiene de perfil me vuelve loco. Esa boca sonriente está diciendo «muérdeme». —Volvió a arrastrarse por los deseos de su mente.

—Escucha, creo que estas ya han terminado sus confianzas será mejor largarse de aquí —le dijo dándole un codazo y poniéndose la el dedo índice en los labios —. Que tengas buena noche tú y tu «alemanita». —Se levantó intentando no hacer ruido y dirigiéndose a su dormitorio.

—Esta por lo menos siempre está dispuesta y no pide nada a cambio —le respondió a su mofa con atisbos de enfado y le siguió en su intención de irse a la cama antes de ser descubiertos.

Juegos de cama

Lauren andaba agachapado como si así pudiese ser menos visible su 1,80 y sus 90 kilos a lo largo del pasillo. Abrió sigilosamente la puerta y sin encender la luz se metió en la cama haciéndose el dormido.

Acto seguido entró su mujer. Encendió la luz, lo miró creyéndole dormido y suspiró a modo de queja. Tuvo que rodear la cama para ocupar el lado izquierdo.

Se adentró entre sábanas de franela y un edredón nórdico. Sacó la mano para apagar la luz. Su cónyuge se dio la vuelta de su postura inicial, haciendo ahora la de la cucharita. Le pasó el brazo por encima y la atrajo hacia él.

—¿Se puede saber que quieres ahora? —espetó Silvy algo molesta.

—Estoy dormido... No sé qué hago —susurró a modo de queja. Aquel hombre tenía el poder de hacerla reír con las cosas más simples.

—Los dormidos no hablan y además: tú roncas —afirmó encajando su menudo cuerpo en el suyo.

Dejándose atrapar por el calor de su abrazo y notando su hombría impulsada por el deseo.

—Cállate o me despertarás —le volvió a responder con un hilo de voz, mientras la abrazaba con más fuerza y le buscaba los pechos.

—Pues yo creo que estás bien despierto... —aseguró mientras frotó su trasero con su erección.

—¿Jugamos con los globitos? ¿Me lo pongo yo o me lo pones tú que me gusta más? Están en el primer cajón de tu mesita de noche. —Empezó a besarle el cuello esperando una respuesta afirmativa, pero lejos de sus pensamientos saco la mano para encender la luz.

Respiró hondo y se apartó sentándose en la cama y colocándose el almohadón en la espalda. Al ver su reacción pensó en que se tenía que haber hecho el dormido de verdad, porque cuando su mujercita se ponía así es que le esperaba un buen sermón.

—¿Por qué te asusta tanto la idea de ser padre? Pero si la mayoría de nuestros amigos lo son y sinceramente son más imbéciles que nosotros. Yo podría trabajar solo media jornada. Sabes que nos los podemos permitir. Al fin y al cabo sales muy tarde de trabajar la que se llevaría la mayor parte del trabajo soy yo. —Sonrió y lo miró con cariño. —Que tus padres se separaran y lo pasases mal no quiere decir que nos pase a nosotros. Si pasa haríamos lo posible porque él no sufriese ¿Sabes? Hay parejas que se llevan bien aunque se divorcien.

Quería a ese hombre más de lo que jamás se había imaginado. Estaba en todos sus planes de futuro y el de ser madre era uno de ellos. En vez de reproche en sus ojos había dulzura y le acariciaba el pelo queriendo hacérselo entender. No quería que fuese algo impuesto.

—No juegues conmigo a los psicólogos, que yo sepa eres decoradora y muy buena. No te recomiendo que cambies de trabajo. Por supuesto que haría todo lo posible porque no pasase por lo mismo que yo, aunque me desplumas y tuviese que dormir en un coche. Que no pasara porque tenemos separación de bienes. —Se echó el aliento en las uñas de su mano derecha y las frotó sobre la solapa del pijama a cuadros de franela, triunfante—. Además que eso de ser padre a la fuga por culpa del trabajo, ni de coña. Si tengo un hijo es con todas las consecuencias —dijo pensativo arrugando la frente.

—Pues házmelo... —musitó sugerente, mientras se volvía a meter en la cama y buscaba el interruptor de la luz.

—No cielo, no apagues la luz que para fabricar un bebé se debe tener especial cuidado en las piezas que se usan en su engranaje... —Mirándola lleno de deseo la despojó de su ropa para envolverla en su piel.

En la habitación justo enfrente Muriel estaba a punto de caer en los brazos de Morfeo, cuando la puerta se abrió. Pudo vislumbrar la silueta de Maurice por su pelo tan corto. Además de que no podía ser otro.

Enfadada se incorporó y le dio a la luz. De repente Maurice se sintió ridículo pillado in fraganti, en lo que esperaba fuese un acto romántico. No supo que responder al ver tal reacción. Él pensaba dar una grata sorpresa, pero su presencia no era bien recibida.

—Lo siento, me equivoqué de habitación. —Se dispuso a salir de la habitación como si nada.

—¡Shhh! ¡Shhh! ¿A dónde crees que vas? —le aseveró haciéndole un gesto con el dedo para que se acercase. A lo que él ni corto ni perezoso se acercó tanto a ella que se metió en la cama y fue a besarla. Ella sin salir de su asombro se apartó—¿Pero qué haces? ¿Cómo se te ocurre meterte en mi cama? — No sabía si llorar o reír. Si aquel hombre se mostraba así de patoso o realmente era imbécil.

—¡Si me has invitado tú! Yo solo seguí tus instrucciones. A ver si te aclaras. ¿Nos lo montamos o me voy? —Se cruzó de brazos esperando, como el niño pequeño que espera su juguete. No se

imaginaba nada mejor que entregarse en a los juegos de cama.

—¿Nos lo montamos? Pero ¿qué forma es esa de pedirle «algo» a una mujer? Te iba a decir que lo de equivocarte de habitación no te lo crees ni tú y que no te ibas a ir de rositas. Ni mucho menos que te metieses en mi cama. Una pregunta... ¿Tú siempre eres igual de tonto o es que la navidad te afecta al cerebro? —No se podía creer que fuese el chico con el que se había estado chateando por las redes sociales.

Era profesor de Educación física, pero le llamó la atención que le atrajese el mundo de la literatura. Ella diplomada en filología inglesa no salía de su asombro que conociese a sus autores favoritos y parecía que por fin conocía alguien para hablar de su pasión por literatura fuera del trabajo.

—Pues sí. Creo que soy un imbécil al pensar que entre nosotros había surgido algo y es la segunda vez que me rechazas. Cuando hablábamos por las redes había buen rollo, no lo puedes negar. El día de mi cumple fuiste muy cariñosa, me pusiste: Espero que pases un día tan especial como lo eres tú con corazones y besos. Además por privado me dijiste que te hubiese gustado estar en mi fiesta para darme un regalo tan especial como yo... ¿Es eso no? Al verme no te parezco tan especial y no quieres nada conmigo. Da igual, vine solo y solo me voy. —Su cara mostraba amargura de verdad. Aquello le partía el corazón. Acaso ella era la única que cuando decía: Necesito tiempo para pensar o no eres tú soy yo... Era cierto que habían tenido buena relación a través de la pantalla. Incluso que aquel extraño le hacía más compañía que gente más cercana. Hasta tal punto que se había tomado una confianza que hasta a ella le sorprendía. De pronto se volvió sentenciándola.

—¿Sabes que te digo? Que a mí sí me gustas, pero que ya no lo intento más. Si quieres algo ya sabes donde estoy —Fue a retirar el nórdico, cuando su mano se encontró con la de ella que lo atrapó.

Estuvo a punto de zafarse pensando que lo había hecho por error. Al mirarla contempló aquellos labios sonriendo que llevaba meses deseándolos y se lanzó a devorarlos.

Premiando el mejor regalo

En el sofá en horizontal al lado izquierdo de la chimenea estaban Silvy y Lauren, mientras que justo enfrente de esta estaban Maurice y Muriel. Todos tenían sobre su regazo todos sus regalos de Reyes. Esperaban con impaciencia empezar a descubrir los secretos guardados en cajas perfectamente decoradas. Lauren tomó la palabra.

—¿Qué os parece si empiezo yo, luego Muriel, Maurice y el último lugar mi mujercita? Así vamos intercalando —nadie respondió, todos estaban inquietos por comenzar el rito lo antes posible. Así que procedió a abrir su primer regalo—. Veamos, con mucho cariño y espero que lo disfrutes mucho. Una camiseta de Red Dead Redemption y es de mi talla. Gracias, Muriel. Sigamos, Te pienso ganar todas las partidas y es el juego WWE 2K15... Bueno es habrá que verlo —dio una carcajada y guiño a Maurice, luego miro a su lado —: Falta el de mi costillita: Para que este año no te olvides de mí ni en el trabajo y es un maletín para ir como un señor a la oficina. Cariño, si soy informático y trabajo con críos que van tan felices con su mochila voy a aparecer él abuelo... Sabes que me encanta y que no me olvido de ti en el trabajo porque toda mi mesa está llena de regalos tuyos —. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Para que lo disfrutes en compañía y es Woman in love de Barbra Streisand. ¡Oh! Me encanta...

En compañía no sé, pero lo disfrutaré seguro. Gracias, Lauren. Ha sido una suerte haber vuelto a encontrarnos y espero que conservemos las mismas costumbres. Es el dvd de Pretty Woman, ¿Te acuerdas el verano que no parábamos de verlo en VHS? Gracias guapa, estoy deseando verla otra vez. —Daba pequeños saltitos en el sofá, como una colegiala al recordarlo. De pronto suspiró y procedió a abrir el regalo de Maurice que la miraba expectante. —Espero que este regalo te dé una milésima de la felicidad que yo sentí al conocerte... ¡Vaya! No puedo aceptarlo —. Todos la miraron con reproche. —Es una primera edición en inglés de Orgullo y prejuicio. Es demasiado... —. Se sentía tan molesta, como halagada por tal regalo.

—¡Claro que puedes aceptarlo! Con esto de la crisis muchos coleccionistas se ven obligados a venderlos. Ebay ya no me lo va cambiar —. Se sintió aliviado al ver que lo miraba con expresión efusiva —. Para que nos dejéis tener muchos ratos de chicas y es GRID 2. Mola, gracias Silvy. Confíesalo eres un friki y es Dark Souls II. No soy friki, colega... Soy especialista en videojuegos. Para que tus pasos te hagan llegar a donde desees y son Unas zapatillas Nike Air Max 90 Essential. No están mal, pero no sé si serán de mi número —. Puso cara seria, mientras Muriel se sentía fatal. Creyó ver en las redes su número. De pronto se dio cuenta que era un auténtico desconocido por mucho que hubiesen chateado o pasado la noche juntos.

—Bien, ya era hora de mi turno. Siento mucho lo del jarrón, pero esto en mucho más bonito. Son unos caramelos de Murano dentro de un jarrón también de murano, me encantan Maurice. El mejor regalo de este año fue encontrarnos, espero que te siga gustando: Es el perfume que usaba en el instituto Anais Anais de Cacharel, cada vez que lo use pensaré en ti cielo. Ahora viene el de mi maridito... ¡No me lo puedo creer! ¡Son unos patucos blancos! —dijo lanzándose a su cuello —. Gracias, amor —. Y no pudo evitar emocionarse.

Maurice le hizo un gesto a su amiga para dejarlos solos y se fueron al porche de la cabaña. Se sentaron en un columpio que había doble. Eso la alivió porque así no tenía que mirarlo de frente. Se sentía dolida por la situación. Él le había hecho uno de los mejores regalos de su vida y a cambio puede que su regalo ni siquiera fuese útil. Buscaba las palabras para disculparse, pero no las encontraba. Se le atropellaban las ideas en su cabeza. Hasta que no lo soportó más y rompió el silencio: —Si no te gustan o no te están bien, te puedo dar el ticket de compra. Seguro que con ese valor puedes comprar otra cosa. Lo que quieras. Si lo que eliges es un poco más caro me comprometo a poner la diferencia. Has sido muy generoso conmigo, aunque sé que no puedo estar a la altura me gustaría corresponderte —. Abrió los ojos como platos esperando su respuesta y suplicando que fuese afirmativa.

—Las zapas están bien, lo que pasa que yo esperaba otra cosa... —. Y se hizo el interesante perdiendo la vista en el maravilloso paisaje que les rodeaba. Majestuosas montañas coronadas por nieve y pinos por doquier —. Imaginaba algo más personal, pero que no pasa nada. Otra vez será —. Hizo un chasquido con la boca y Muriel sintió que se estaba desgarrando por dentro.

—De verdad, puedes decírmelo con confianza y te lo descambio. Te aseguro que cuando regresemos lo localizo, aunque sea por Google y te lo hago llegar —. Se moría de vergüenza y de curiosidad. No recordaba que quisiese algo con tanta vehemencia --Te lo prometo, en cuanto volvamos será tuyo —. Entonces se levantó del columpio y se arrodillo frente a ella para ponerse a su altura. Ella no salía de su asombro.

—Lo que yo quiero está aquí y sólo tú tienes el poder de dármelo —. Hizo una pausa en la que el gesto de su cara cambió, poniéndose muy serio. Clavó su mirada en los ojos color castaños de Muriel —Regálame tu amor —. Al escuchar aquellas palabras no sabía si lanzarse a su cuello para besarlo o sacudirle. Comprendió que esa sensación tan intensa no podía ser otra cosa que producto

del amor —Es todo tuyo—. Fundiéndose en un largo beso uniendo alma, corazón y vida.

Gracias a la invitación de Chris M. Navarro este relato fue publicado en la antología benéfica Tinta Navideña, siendo sus ganancias a favor de la Asociación HHT, en el año 2015.

Quiero más

Eran los años 80 de un día cualquiera, en una tarde de verano. Los Ronaldos habían venido a la ciudad, como tantos grupos llegaban, sin embargo era la tortura de una pandilla un tanto peculiar. Cinco chicos con el alma en un puño habían elegido un sitio estratégico del barrio, era la parte de atrás de la calle, por lo que apenas había puertas o ventanas que los observaran.

La zona de los conciertos estaba más elevada y la música tendía su manto por todo el lugar. Lo que debía de ser un deleite se había convertido en un tormento, ya que nada les hubiese gustado más en el mundo que asistir al evento.

Cabizbajos escuchaban las canciones quejándose de su suerte. Sus padres eran demasiado mayores para que les gustase esa música y ellos por el contrario eran demasiados jóvenes para asistir solos.

En esta angustia se comían las chuches que habían comprado para tal espectáculo.

No cabe decir que se habían duchado, vestido con sus mejores galas, incluso se habían peinado con las rayas bien marcadas en el pelo. Así y todo no encontraban aliciente alguno a tan grandioso espectáculo.

Todos menos Violeta que ajena a su alrededor mordiendo las gominolas tarareaba las canciones, bien conocidas de escucharlas por la radio, mientras movía los pies al son de la música.

A Jaime pareció molestarle su falta de solidaridad con el resto del grupo y le espetó:

—¡Vaya parece que es la única que se divierte!

La niña abrió los ojos como si le hubiese hablado un marciano.

—Por supuesto, estoy escuchando a mi grupo favorito en directo.

—¡Pero si no se ven! Esto es lo mismo que si lo estuvieses escuchando en una cinta —profirió y se rieron todos de ella.

Entonces ante la atenta mirada del grupo se puso en pie y comenzó a bailar. El resto no hizo más que incrementar su mofa. A lo que ella era indiferente con su danza. Permanecieron largo tiempo de esta manera, cuando ellos se callaron les contestó con una amplia sonrisa en sus ojos.

—Estamos escuchando al grupo en directo y gratis. ¿Vosotros creéis que los que están allí ven al grupo? Seguramente habrá mucha gente delante más altos y otros se lo perderán por estar bebiendo o hablando con amigos, sin contar con los que pierden el tiempo intentando ligar y encima han pagado. Nosotros tenemos lo mismo y gratis. ¡No os dais cuenta de lo afortunados que sois!

Y todos le siguieron en su bailoteo al sonar el «Quiero más». Desde la chica con hierros para corregir la espalda, que conseguía seguir el ritmo tintineando sus rizos rojos, el pequeño con una camiseta oscura y rayas blancas que contrastaban con el color lechoso de su piel, el benjamín de la pandilla que con su adorable carita llena de pecas brincaba al compás y el repeinado sabelotodo.

Gracias a Vanessa González Villar este relato fue publicado en la antología benéfica Una canción un recuerdo, siendo sus ganancias a favor de la Asociación todos con Alex, en el año 2016.

La victoria del corazón

Nadie podía imaginar que el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria fuese el detonante de la Primera Guerra Mundial. Desde el 28 de Julio de 1914 hasta su fin el 11 de noviembre de 1918, murieron más de nueve millones de combatientes.

Dio como resultado grandes cambios políticos, científicos y por supuesto, transformó las vidas de todos y cada uno de los que tuvieron la desdicha de sufrirla.

La oscuridad inundaba la habitación, fiel reflejo de su corazón. Las horas transcurrían en una extraña danza en el silencio del habitáculo. A veces pasaban despacio, interminables... Otras veces invadida por el cansancio, se quedaba adormilada escapándosele el tiempo.

Tal nebulosidad la embargaba, que apenas sabía si era de noche o de día, a no ser por su tía. Con la que se había trasladado a vivir desde Londres para recibir una educación europea, propia de su clase social.

Ésta entraba sigilosa y se sentaba en su cama, la arropaba y le decía al oído: «Te traje caldo, prueba aunque solo sea un poco. No puedes seguir así». A lo que sin ya esperar respuesta, se marchaba dejándolo allí.

Entonces ella se incorporaba. Intentaba tomar un sorbo, pero su cuerpo lo rechazaba. Sentía como si su estómago acumulase toda la angustia y no le permitiese retener nada.

Eso la hacía sentirse impotente y la sumergía aún más en las tinieblas del mutismo. A veces la desesperación se adueñaba de ella y llamaba a gritos que fuesen. Rápidamente acudía a su encuentro.

En unas de esas veces, pidió agua con azúcar porque se sentía desfallecer. Su tía viendo a plena luz del día su estado, se asustó tanto que ya no pudo callar y seguir con esa situación.

A la mañana siguiente después de una corta inspección a la enferma, el médico dio su diagnóstico. Dando como fruto la indignación de la demandante de su ayuda.

—¿Que la mejor medicina es que meta a la chica a trabajar? ¡Pero eso es una completa locura! ¿Acaso no ve su estado?

—Señora Emmeline, su sobrina afortunadamente, no padece ningún mal del cuerpo, lo que le adolece son daños del alma. ¿Dice usted que perdió a su prometido en la guerra? Lo que sufre es una depresión causada por el duelo. Algo sumamente normal, necesario diría yo. En cuanto esa chica tenga suficiente fuerza para levantarse de la cama, quiero que venga a mi consulta y hablar con ella. Aquí le dejo unas vitaminas para que se fortalezca y un opiáceo que le hará dormir por las noches.



Dos semanas más tarde, una joven acompañada por una señora de mediana edad, entraba en el hotel Wimereux. Estaba situado en el noroeste de Francia. A causa de la Gran Guerra se había convertido en un improvisado hospital para los heridos.

La mujer madura tapaba su boca con un pañuelo e instaba a su sobrina a hacer lo mismo. La chica en cambio lo miraba todo con asombro, sin hacerle caso en su petición.

Cuando se acercaron al improvisado despacho, una enfermera grácil parecía estar al tanto de todo. Nada más verlas entró en la consulta. Acto seguido salió invitándolas a entrar con una sonrisa en los labios.

—Bueno, parece que la jovencita está mucho mejor —dijo nada más verla el doctor para darle ánimos. Todavía las huellas de su crisis no habían desaparecido de su cara pálida y ojerosa—. Y bien, ¿sigues teniendo molestias en el estómago?

—Sí doctor, no come ni para vivir... —se quejó la señora muy preocupada, que fue interrumpida por el doctor.

—Dejemos que sea la señorita... ¿Cómo se llama? Que nos cuente como se encuentra.

—Edith, Edith Nightingale. Estoy bien, no sé qué me pasó, pero ya me encuentro bien —la joven agachó la cabeza frotando las manos por sus piernas víctima del nerviosismo.

—Perfecto, porque necesitamos chicas listas como usted. ¿Le gustaría trabajar aquí? El salario no es muy elevado, pero en realidad es como vivir en un hotel —le dijo aparentando mucha tranquilidad—. Tendría su propia habitación y entre el resto de voluntarias haría buenas amigas. Seguro que todos los heridos de guerra querrán tener una enfermera tan guapa como usted. Eso hará que se recuperen antes, seguro.

—¡Por supuesto que no! Mi sobrina no necesita ningún trabajo y su delicado estado de salud tampoco se lo permitiría —contestó ofendida la oronda señora, mientras se abanicaba con el pañuelo, no viendo la hora de salir de allí.

—Sí —musitó en un susurro apenas audible.

Al que iba a ser su esposo lo habían asesinado en esa horrenda guerra y al entrar en la sala vio en la cara de cada enfermo la suya. Si hubiese sido posible hubiese dado años de su vida porque en un caso hubiese sido verdad.

—Me gustaría probar y si veo que no soy capaz o que no sirvo, regresaré a casa. Por favor tía, déjeme —y una lágrima estuvo a punto de aflorar en la mirada suplicante que le dedicaba.



Una chica morena con el pelo castaño y los ojos color miel llevaba el uniforme de enfermera de la cruz roja. Sentada sobre el escritorio de la secretaria del doctor Edward Broghton-Alcock, movía las piernas como una chiquilla sin llegar a tocar el suelo.

Era bien entrada la noche y su trabajo había terminado. Su rostro mostraba el rubor que los comentarios de su compañera le provocaban.

—No es verdad... Dices eso para reírte de mí —decía inquieta—. Pero si solo tiene ojos para su microscopio. Ahora está haciendo un cultivo. Tomó tejido del soldado fallecido por disentería y lo está investigando.

—Dime una cosa cielo, ¿Cuántas voluntarias ves por aquí? Los médicos solo tratan con las profesionales que para eso estamos y en cambio busca cualquier excusa para hablar contigo—. Le sonrió de manera pícaro.

Edith pertenecía a las VAD (Destacamento de Voluntarias de Ayuda), mientras que su amiga era una QAIMNS (Servicio de Enfermería Militar Imperial de la Reina Alexandra). La rivalidad entre ambas no existía, algo que no entendían el resto de enfermeras.

—Ya me dirás para que te ha llamado si está ocupado en el cultivo...

La puerta del despacho se abrió. Se asomó un hombre algo mayor que las chicas, de un aspecto impecable. Era de abundante cabello negro peinado con una raya al lado, unos ojos azules capaz de iluminar la noche más oscura y un cuerpo digno de un militar.

—Le dije que cuando llegara la hicieras entrar —le dijo en modo de reproche a Shirley, su secretaria. Volvió la vista hacia su compañera y le cambió el gesto de la cara—. Si ya terminó su

turno, puede pasar. Me tiene que perdonar que le haga venir a estas horas, pero me paso el día ocupado y es ahora cuando le puedo dedicar un poco de tiempo. Dígame señorita Nightingale, ¿cómo se encuentra?

—¡Oh! Lo cierto es que me encuentro muy bien. Lo más seguro es que comiese algo en mal estado —dijo mientras se acercó a mirar curiosa donde se encontraba el cultivo.

—No hay más que verla para saberlo... ¿Le interesa? Podría ser algo que acabase con muchas muertes de nuestros hombres. No solo eso, en el futuro podría salvar tantas vidas... —y se quedó pensativo, como el que sueña con algo inalcanzable—. Venga, si quiere puede verlo.

Ambos se encontraron frente a un montón de cajitas de cristal llenas de sustancias viscosas. Eligió una y la colocó debajo del microscopio y la invitó a mirar.

Ella muy interesada observó. Estaba lleno de extrañas formas que no se parecían a nada que hubiese visto antes. Edward se inclinó y le susurró:

—¿Le suena el nombre de Pasteur? Pues después de 20 años de su fallecimiento sus investigaciones pueden sernos muy útiles. Si esos bichitos desaparecen habremos ganado una gran batalla —no pudo evitar disfrutar del olor de su cabello, cerró los ojos y aspiró.

Ella impresionada por las extrañas formas se incorporó descubriéndolo. Tal vez su amiga tenía razón... Antes de darse cuenta la tomo en volandas y la subió a su mesa.

—¿Así que te gusta subirte a las mesas como una chica mala? —le dijo mientras le tomaba el pelo para olerlo sin esconderse.

Ella no sabía cómo reaccionar. Le besó detrás de la oreja y fue bajando por su cuello sin perder la oportunidad de morderle el lóbulo. Suavemente rodeó su cara con ambas manos y le rozó los labios despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

Al ver que ella cerró los suyos sin oponer resistencia, juntó sus labios haciéndola abrir la boca. Buscó su lengua como el que busca un tesoro oculto, recorriendo antes cada hueco.

Abrió su bata blanca y admiró su escote. Bajó jadeante hasta su pecho derecho, para intentar atravesar su carne y llegar a su corazón con un beso tierno, húmedo y ardiente. Preámbulo de lo que sucedería esa noche en aquella habitación.



Una botella de champagne se descorchó. A su alrededor todo eran risas y jolgorio. No echaban de menos que no pudiesen poner música. Los miembros del personal del hospital que era un 90% femenino habían improvisado aquella fiesta en la zona más alejada de los pacientes para no molestarlos.

Por un momento las VAD se olvidaron de la limpieza, cambiar las sabanas y vaciar bacinillas, las QAIMNS de cambiar vendajes y administrar la medicación y todo porque estaban pasando a la historia.

—¿Qué te pasa? ¿No te alegras de haber encontrado la vacuna a la disentería? Ahora salvará a muchos de nuestros hombres, pero también ayudará a que no mueran decenas de miles de personas en el resto del mundo y sobre todo niños —Shirley no entendía el comportamiento ausente de su amiga.

—Sí, sí. Por supuesto que me alegro es una batalla que hemos ganado y que salvará a muchas

personas en el futuro... —Dijo repitiendo a modo de letanía las palabras de Edward.

En esos momentos se acercó a ellas y llenó sus copas. Irradiaba una enorme alegría que no lo dejaba parar de hablar con todo el mundo y recibir felicitaciones. Por lo que apenas acabadas de llenar, siguió hablando y bromeando con el resto del personal.

—Se lo merece porque trabajó mucho en ello... Bueno yo me voy. Creo que algo me sentó mal. Mañana hablamos. —Sin esperar contestación se marchó a su dormitorio.

Al entrar en su cuarto ya había decidido que al día siguiente se marcharía. Abrió su maleta y metió todas sus cosas. Acto seguido se sentó en su escritorio y redactó una carta de dimisión.

Con lágrimas en los ojos se metió en la cama y al apagar la luz no pudo reprimir varios sollozos. Se sentía sucia. Quizá hacía con el resto de las chicas lo que hizo con ella y se trataba de una aventura más. Mientras todos festejaban su éxito, a ella le había asaltado una batalla más en su corazón.

A la mañana siguiente se dirigió al escritorio de su amiga con la maleta en una mano y la carta de dimisión en la otra. Se le acercó, mientras escribía cartas para informar del acontecimiento.

Era la única forma de comunicarse, en esos momentos. La miró como si quisiese retener esa imagen para siempre en su retina. En poco tiempo se había convertido en la mejor amiga que había tenido nunca y que posiblemente tampoco volvería a tener.

—¿Qué haces hay parada sin el uniforme? Ya sabes que las normas son muy estrictas —rió mientras la miraba extrañada.

—Vengo a despedirme. Ya sabes que entré con la oposición de mi tía, posiblemente haya escrito a mis padres quejándose. Mi familia de Inglaterra me reclama y es mi deber estar a su lado. Me gustaría que le dices esta carta al doctor es mi dimisión.

—Por supuesto, pero deberás de dársela tú.

Al verlas entrar el doctor se levantó por cortesía sorprendido por la visita. Shirley salió rápidamente y cerró dejándolos solos.

—He recibido un recado de mi familia y debo estar a su lado —repitió como un papagayo con la cabeza agachada.

—¿Te vas? —es lo único que atinó a decir. Entre la resaca y la sorpresa no sabía muy bien que era todo aquello.

—Esta es mi carta de dimisión —la puso encima de la mesa y se propuso salir de aquella habitación que la avergonzaba.

En ese momento él se levantó de la silla como empujado por un resorte y la alcanzó por la espalda abrazándola. Ella no pudo reprimirse más y comenzó a llorar en silencio.

—No se vaya, por favor. ¿Quiere irse por lo que pasó? Le juró que no volverá a suceder —y el sollozo creció.

No entendía nada. Si se iba porque no quería volver a verlo o todo lo contrario. De lo que estaba seguro era que aquello era una excusa.

—Desde que la vi por primera vez destrozada en aquella habitación sombría, el único afán que tenía en mi mente era el de protegerla. Nunca pensé que fuese a suceder algo así, pero si digo que me arrepiento mentiría. ¿Edith Nightingale quiere casarse conmigo?

Ella se dio la vuelta mirándose ambos de frente, manteniéndoles unidos un abrazo. Los envolvió un silencio que parecía eternizar el momento. Inundados por la radiante luz del sol que entraba por la ventana. La misma habitación que había sido testigo de su pasión, ahora lo era de su amor.

Una historia que como muchas terminan una batalla para dar paso a la victoria de la guerra. Época de tranquilidad, prosperidad y lo más importante paz en las almas.

—Sí, pero con una condición.

—Lo que me pidas —dijo brillándole el mar de sus ojos.

—Me gustaría seguir siendo enfermera y trabajar juntos.

—Me temo que habrá que cambiar la mesa por una más fuerte —dijo guiñándole un ojo y dándole un beso dulce, húmedo y apasionado.

Gracias a Lizzie Quintas este relato fue publicado en la antología benéfica Amor a través del tiempo, siendo sus ganancias a favor de la Asociación Andrea, en el año 2016.

Inseparables

La hora del café

La primavera nacía más temprano de lo común. Invadía de color los días en Roma. El viento cálido y húmedo del sur la acariciaba. Esperaba sentada en unos de las 125 escalones de la iglesia La Trinitá dei Monti en la Plaza España. Alzaba su cabeza hasta el sol con los ojos cerrados. Había gente que al pasar por su lado, miraban hacia arriba no encontrando nada interesante. La gran mayoría iba tan ensimismada en sus pensamientos que ni la veían. Dio un largo suspiro para adentrarse de nuevo en la absurda realidad. Llevaba una camisa con motivos florales, unos skinny jeans y unas bailarinas beige a juego con el bolso. Sus hombros eran cubiertos por una larga melena castaña. Lo que ella callaba por timidez lo contaban unos inmensos ojos verdes. Su tez estaba salpicada de pequitas, como una noche de verano lo está de estrellas. Poseía un cuerpo pequeño y delgado que le daba un halo de inocencia, aunque ya había pasado la veintena.

Sacó de su bolso el móvil ya era la hora del café y revisó sus mensajes: Ninguna novedad. Se encogió de hombros y fue cuando lo vio llegar. Llevaba su sudadera de la suerte, unos vaqueros gastados y sus inseparables zapatillas de deporte. De lejos impresionaba un poco su metro ochenta, de cabello y ojos oscuros. Tenía una barba cuidada «porque los feos debían taparse la cara». Eso provocaba su risa que lo achacaba a que no era capaz de confesar que seguía la moda. Al cerciorarse de ser descubierto entre el gentío, fingió que se quedaba junto a la Fontana della Barcacia. Esa era justo la mejor manera de describir su relación. Él se hacía el patán y a ella le hacía gracia. Se conocieron por casualidad en una fiesta de unos amigos en común. Desde esa noche se habían hecho inseparables. A pesar de tener personalidades tan dispares.

—¡Hola Marco!

—¡Hola Guapa! No te lo vas a creer, tuve un sueño erótico contigo.

—¿Y qué pasaba?

—No sé, me desperté asustado de semejante pesadilla—. Alessandra rompió en una carcajada por la cara da asco que había puesto.

Ambos se dirigieron sin preguntarse al Barnun Café. Era un cibercafé al que solían ir casi cada día. Los dos tenían ordenadores en casa, pero era una forma de salir de la monotonía. Además de que ninguno de los dos confesaría nunca que les gustaba estar juntos. Escogían con suerte unos sillones cerca de la puerta. La joven optaba por el café shakerato, entrar en foros literarios y hablar con amigas que tenían sus mismas aficiones. El chico por el contrario prefería un capuccino, mientras se dedicaba a los juegos online de estrategia, a chatear con compañeros y mandarle mensajes a ella. A veces se pasaban horas hablando de todo y de nada durante todo ese tiempo. En esas estaban cuando él le mando un mensaje:

«Se acerca San Valentín, ¿vas a quedar con tu novio?»

«Sabes perfectamente que no tengo novio... ¿Quieres que hagamos algo?»

«Vale, ¿en tú casa o en la mía?»

Notó la presencia de alguien por detrás y al volverse lo vio figoneando. Frunció el ceño y cerró todas las pestañas del ordenador. Al volverse a Marco pensó si era buena idea quedar. Realmente no estaban saliendo, ni eran novios. Ni siquiera sabía que sentía por él o en ese caso si era

correspondida. Aunque quedaban a diario ¿Qué más daba quedar ese día? Simplemente se trataría de una cita más. Él se acercó a Alessandra sorprendido por su quietud. La miró queriendo descifrar en su cara si su comentario le había molestado. Era consciente de que podía llegar a ser malhablado, pero no era su intención hacerle daño. Hasta que no pudo soportar más aquella incertidumbre y le dijo descarado:

—Que si no quieres no pasa nada, a mí me da igual.

—Que sí, primero podríamos ir a cenar y luego ver una peli.

—Mejor, porque si no el ruido de tus tripas no nos iba a dejar verla.

Se dispusieron a marcharse, mientras ella negaba con la cabeza divertida. Como no vivían lejos, daban un paseo y la acompañaba a casa. Iban recorriendo las callejuelas de las trastevere despacio. Disfrutando de la zona añeja de la ciudad. Luego solo tenía que cruzar una calle y llegaba a casa. Era sorprendente como viviendo tan cerca nunca se hubiesen visto antes.

Dudas

El día previo a San Valentín Marco se sentía inquieto. No era capaz de concentrarse en su trabajo. Eso lo había llevado a no terminar a tiempo unos informes que debía de entregar. Llevaba la contabilidad de unos grandes almacenes, pero en su mente solo ponía contar las estrellitas de la faz de Alessandra. Aquella chiquilla se había convertido en su debilidad. Él un hombre divorciado, había perdido todo interés por el sexo contrario. Hasta que la vio tan inocente, tan pura y sin un atisbo de maldad. Al principio, le costó acercarse a ella. Pero inevitablemente no pudo dejar de querer estar el máximo de tiempo con ella. La diferencia de edad parecía no importarle a ella y al fin y al cabo 7 años tampoco era tanto. Unos golpes en la puerta de su despacho lo sorprendieron.

—Terminé mi turno y como hoy no vas a quedar con tu noviecita... —dijo con sorna David. — Pensé que quizá te tomarías el café conmigo.

—No es mi «noviecita» y no. No me voy a tomar el café con nadie hasta que no termine este desaguado.

—Venga hombre, no seas así, desde que estás con ella me tienes abandonado —dijo poniendo morritos.

—O te vas o te vas —Lo miro con tal fuerza que si se tratase del dios Zeus dos rayos lo hubiesen atravesado.

—¿Así que te gusta de verdad?

—Bueno, nos vamos si quieres ya sabes donde estamos —. Intentó mediar Angelo que conocía el carácter de Marco, pero también lo mal que lo había pasado con su separación. Se alegró tanto cuando por primera vez le había hablado con ella, parecía otra persona. Creyó que por fin había salido del pozo en el que se había sumergido.

—Perdona Angelo, ya sabes que este merluzo me saca de quicio —. Intentó disculparse, respirando profundamente para calmarse.

—Tranquilo hombre, si ya sabes que en peores te has visto y lo has solucionado —. Quiso darle ánimos a su amigo. —Nosotros estaremos en la cafetería de abajo.

—Pues a eso venía yo, lo que pasa que se gasta un genio... —. David se dirigió a la puerta para luego salir.

—Pero si ya sabes como es, ¿por qué puedes caer en sus provocaciones? —. Angelo estaba

habitado a esos rifis raves entre ambos. Él se había convertido en su nexo de unión y sabía que detrás de todos esos piques se encontraba la rivalidad de David por el puesto de trabajo de Marco.

—Sabes que lo que diga me resbala, pero que insinúe algo de Alessandra... —dijo tocándose el pelo molesto.

—Ya... ¿Hoy no quedaste con ella como cada día?

—No, tengo que terminar todo esto. Quedamos para cenar mañana.

—¿Pero tú sabes qué día es mañana?

—Claro que lo sé, pero no sé si hice bien.

—El no ya lo tienes, ¿Qué puedes perder? —. Evitaba por todos los medios no reírse, pero era tan cómico ver a su amigo tan seguro en su trabajo y en esos momentos era igual que un adolescente con las dudas del primer amor.

—La puedo perder a ella Ángelo... —dijo con pesar.

—Has llegado a un punto de inflexión que o te tiras a la piscina o no vas a ser capaz de hacerlo nunca.

Marco no supo que responder. Sabía que su amigo tenía razón. Lo vio alejarse señalándole donde estarían por si le apetecía bajar. No lo haría. Tenía los nervios a flor de piel y quería evitar cualquier enfrentamiento con David. Terminaría el trabajo y se marcharía a casa. Necesitaba relajarse y sobre todo despejar todas las dudas que le hacían perder el control. Era algo a lo que no estaba acostumbrado y le asustaba. Alessandra lo había vuelto a la vida y ese mar de sentimientos le aterraban.



—Chicas, ¿os ha dicho Alessandra que también tiene una cita de San Valentín?

—¡oh! Eso es genial y ¿quién es el afortunado? —. Se dio la vuelta María a medio vestir.

—¿No te das cuenta que es una broma? —respondió Francesca con fastidio, haciéndola ponerse frente al espejo.

—Es verdad, ha quedado con su amigo el contable... —. No pudo soportar más Sabrina guardar el secreto sin que fuese pasto del cotilleo de todas.

Las amigas se habían reunido en casa de las dos hermanas Sabrina y Francesca. Allí se probaban vestidos para estar bonitas esa noche para sus novios. Unas a otras se prestaban vestidos y se aconsejaban sobre maquillajes y peinados. También era una buena excusa pasar la tarde juntas. Alessandra se solía sentir incómoda en esas reuniones a las que siempre iba, aunque no tuviese gran cosa que contar. Al no tener novio se dedicaba a escuchar y ayudar a adornar a sus amigas. Aquella tarde era distinta se había convertido en el centro de la conversación. Tanto que se vio obligada a dar algún tipo de explicación.

—Es una cita como otra cualquiera, quedamos cada día...

—Pero ayer no quedasteis, ¿por qué? —. Quiso saber Francesca inquisitiva.

—Qué más da, hoy está aquí para probarse vestidos y ponerse guapa como nosotras —. Interrumpió María para echarle un cable, donde su mundo giraba alrededor de a su novio Giorgio y no entendía como había mujeres que no pensaban como ella.

—No quedaron porque Marco tenía mucho trabajo. Dicen que anda distraído, ¿por qué será? —. Lo que al principio era un simple comentario por parte de Sabrina parecía como si escondiese algo detrás. —Debería de cobrar por casamentera, fue en la fiesta de cumpleaños de mi novio David donde se conocieron.

—Así que nuestra pequeña a dado con un millonitis, menuda suerte —inquirió Francesca dolida porque ella se tenía que ver a escondidas con su novio Antonio, ya que él era de una clase social más baja. Su familia no veía con buenos ojos esa relación y hacían todo lo posible por separarlos.

—No es un millonitis, trabaja de contable y no somos novios. Quedamos cada día a tomar café, eso es todo. — Y aprovechó para de alguna manera saber por qué ya no iban ellas. —Os recuerdo que antes quedaba con vosotras, hasta que por una cosa u otra ya no vais nunca.

—La última vez que fui me vieron con... Ya sabes. Es mejor que no nos vean juntos —respondió apesadumbrada Francesca, por un momento algo se había roto en ella. Levanto la vista mirando a su alrededor y se hizo la fuerte. —María es un misterio donde se pierde cada vez que puede con su amado Giorgio —Todas tuvieron que aguantar la risa, imaginándolos buscando siempre una excusa para irse al apartamento de este. —Y de Sabrina para que comentar, si todas sabemos lo bien que se llevan Marco y David.

—Mejor así, ya es hora de que se espabile —sentenció Sabrina.

Hacía mucho que no estaban juntas y Alessandra comprendió por qué. No era la falta de tiempo, ni que tuviesen novios simplemente no se sentía a cómoda. Se sentía juzgada. Aunque no podía de dejar de querer a todas y cada una de aquellas arpías. Habían sido amigas desde el colegio y se conocían demasiado bien. Era consciente en que detrás de todos aquellos comentarios se alegraban si su relación fuese real, pero no lo era. Ella lo veía como un amigo. Ahora era su mejor amigo. Además él tampoco le había dado a entender otra cosa. Si rara vez hablaba en serio. Y en la maraña de esas dudas se dedicó esa tarde a ponerse guapa, merendar con las amigas y esquivar sus dados envenenados.

Una cita tormentosa

Alessandra se sorprendió al verlo llegar con camisa negra, unos pantalones chinos del mismo color y unos mocasines brillantes. No estaba acostumbrada a verlo vestido tan formal, aunque habían quedado bastantes noches ya. Ella llevaba un amplio vestido hasta la rodilla con preciosos bordados. Unas botas altas que la estilizaban, siempre a juego con el bolso. Fue la primera noche que no se burló de que fuese una presumida, incluso algo extraordinario en él: La piropeó. Solían ir a Alfredo e Ada un pequeño restaurante que era el preferido de los dos. El ambiente era muy familiar y ya conocían de sobra a los dueños. El camarero se acercó a su mesa con una sonrisa de oreja a oreja. Lejos de tomar la simple nota y marcharse, se acercó a Marco dándole un golpecito en la espalda. Él la miró haciéndole un gesto de interrogación, a lo que ella no que supo que contestar.

—¿Al final la conquistaste? Desde que os vi entrar por primera vez por esa puerta supe que sucedería tarde o temprano —. Él la miró haciéndole un gesto de interrogación, a lo que ella no que supo que contestar. —Me alegro tanto por los dos que invita la casa a los involtini al sugo.

—En fin, no se pudo resistir a mis encantos... —respondió con desparpajo.

—¡Buena fortuna a los dos y que visiten cada año su humilde casa!

—Me ofrece una cena gratis y le digo que estoy con mi conserje —susurró cuando se hubo marchado, acercándose a su compañera de mesa. —Además al hombre le hacía tanta ilusión que no quería partirle el corazón. —Alessandra se quedó con la boca abierta, por tal fechoría. —Ves, hasta una rima me salió para que luego digas que no soy romántico.

—Pero eso no está bien... Además que ya no podremos volver. Se daría cuenta de que no estamos juntos —. Se sentía molesta y confusa tanto que pensó en marcharse.

—¿Tanto te ofende que le diga que estamos juntos? Pues nada si soy tan mala compañía nos vamos y punto.

—No puedes decir que te vas o que te da igual todo siempre.— No pudo ocultar su malestar. — Quizá cuando dices que te vas, das a entender que pasas de todo y te da igual irte.

—Si me paso el día diciendo tonterías, ¿por qué le das tanta importancia a esta? —Hizo un pausa y respirando profundamente parecía que por primera vez hablaba en serio. —A lo mejor cuando digo que me voy espero que me digan que me quede... —. Intentó buscar en sus ojos verde esmeralda, pero parecía que huían de él esquivamente. —En serio, me estás haciendo sentir mal. Ahora no sé si quieres que se lo diga o que nos vayamos.

—Los enamorados... Siempre con sus disputas y las reconciliaciones... —canturreo el camarero sirviéndoles y guiñándoles un ojo.

Comieron en silencio. Marco buscaba un atisbo de que la tormenta en ella había arremetido. No sabía cómo comportarse si hablar con Alessandra para solucionarlo o dejarla que se le pasara el enfado. Era la primera vez que habían discutido. En cambio la joven fue invadida por el miedo. Su pecho estaba tan oprimido por el dolor que apenas era capaz de respirar. Con un seco “ahora vuelvo” se fue al baño y cerró con pestillo. Se miró en el espejo y se preguntó mentalmente qué le pasaba. De repente las lágrimas recorrieron sus mejillas a borbotones. Tenía la sensación de estropearlo todo. Habían dejado de hablarse. Quizá no le hablase más, entonces fue cuando se dio cuenta de que no lo soportaría. Comprendió en ese instante que sus dudas se habían disipado. Salió del aseo, después de retocarse el maquillaje sin saber a que aferrarse. Quizá ahora que sabía lo que sentía por él, se hubiese acabado la historia antes de comenzar.

Al verla salir se levantó. Salieron de la trattoria en silencio. Caminaron así largo rato. Hasta llegar al cinema Andromeda. Alessandra tenía la mente tan nublada que era incapaz de reaccionar. En las semioscuridad se podía ver una larga sala de butacas de piel roja y al final una inmensa pantalla. Se sentaron y empezó la película. Los dos miraban de frente pero sus pensamientos iban dirigidos hacia donde se encontraba su acompañante. Mientras ella pensaba que su vida no tenía sentido antes de conocerlo, él se sentía mal pensando que a partir de ese día todo cambiaría. Salieron como habían entrado en el más absoluto de los silencios. Hasta que Marco no pudo resistirse y le dijo ahora sí frente al verde espejo de su alma:

—Supongo, que tenías razón... No debí de hacerlo...

—Bueno, en realidad tan poco es tan grave.

—A partir de ahora todo será distinto, ¿no?

—¿Quién sabe? —musitó Alessandra poniéndose de puntillas y dedicándole un beso dulce y sosegado. Luego como si tal cosa continuo su camino. Él se quedó unos segundos atónito y cuando pudo hacerlo la siguió. Lo hizo esa noche, al día siguiente y todos los días que su corazón latió. Lo que era una cita más se había convertido en la primera del resto de sus vidas.

Gracias a Abby Mujica este relato fue publicado en la antología benéfica Besos de tinta, siendo las ganancias a favor de la Asociación HHT, en el año 2016.

Una feliz navidad

El invierno hacía muchos años que había irrumpido en su vida. La blanca nieve teñía su cabello. Lo peinaba cuidadosamente cada mañana, como si fuese un rito agrupándolo en un moño a la altura de la nuca. Su piel había sido surcada por los recuerdos que proporcionan los años. El viento sin avisar se había llevado la agilidad de su cuerpo, haciéndola lenta por no ser torpe. Se negaba a usar lentes, aunque apenas veía y su ropero estaba lleno de ropa negra en memoria de los que se fueron.

En la noche de pascua sus ojos brillaban con tal fulgor que iluminaban la habitación haciendo innecesario cualquier adorno extra. Sentada en su sillón donde acariciaba a su gata, se amenizaba la noche con los especiales que daban en la tele. Fuera llovía lo que le permitía poner la tele un poco más alta de lo común por la noche, además el día era propicio para poder permitírselo. Su cuerpo ya cansado no le admitía ningún festín. El menú consistía en unos filetes de pollo con patatas, asado en el horno y de postre un yogur. Realmente se sentía feliz, en su alma no cabía dicha mayor que tener el privilegio de festejar un año más una feliz Navidad.

Por su mente se cruzaban como la estrella de Oriente los recuerdos de toda su infancia. De pequeña pasaba esos días en la casa de sus abuelos. Ella era desde corta edad, la que daba la tabarra para que todo se impregnase del espíritu de aquellas fechas. Comenzaba yendo a las afueras del pueblo de la mano de su abuelo. Este le hacía elegir una rama de un pino para cortarla. De vuelta a casa todos le preguntaban: — Angelitas ¿Qué llevas ahí? —. A lo que ella en su inocencia respondía sonriente: —¿Pues qué va ser? ¡El árbol de navidad!—. A lo lejos oía como cuchicheaban llamándola picoreta, pero pensaba que era bueno porque lo decían entre risas. Al regresar su abuela ya le tenía listo el macetero preparado para colocarlo. Ya sólo faltaba ir a la tienda del barrio para comprar los adornos: Guirnaldas doradas, bolas rojas, campanitas plateadas... También tenían que comprar: Un portal con su virgen, San José, el niño y los reyes magos con sus pajes. A lo largo del año no dejaba de sacarlo de su caja para entretener a sus primos más pequeños, cuando se encontraban allí. Así que cada año se veía en la obligación de hacer un inventario para poder tenerlo todo.

¡Qué ilusión colocar todo tan bonito, tan brillante! Cenando con sus abuelos, sus padres y sus dos hermanos menores. Como no era comilona, no sabían que inventar para ganársela. Llegaron al punto de darle el capricho de comprar champagne, con la idea de que se animará a hincar el diente. No podía parar de reírse al recordarlo. Los hizo poner a todos de pie y brindar como en las películas. Para su sorpresa su sabor fue tan desagradable que después de darle el primer sorbo puso cara de asco y se sentó desilusionada. Ahora pensaba en lo mucho que la querían para consentirle todo aquello. Una lágrima rodó para fundirse con su sonrisa. Saco un pañuelo del bolsillo de su pichi para limpiarse la cara. Era de lienzo blanco, que ella misma había cosido cuando su vista era mejor.

Llorera la que se dio cuando descubrió en el hueco de la escalera los regalos de los Reyes Magos. Era difícil esconder tres bicicletas en una casa pequeña. Los cimientos de su mundo se derrumbaron. La habían mentido. De pronto todas sus preguntas tuvieron respuesta. Si es que no tenía sentido que le trajesen los regalos de tan lejos, cuando los podían conseguir tan fácilmente en la tienda al lado. Lo de que eran una muestra no colaba porque la dependienta no los apuntaba, los apartaba. Esos detalles la hicieron sospechar. Sollozaba amargamente sin dejar de hipar. Siempre le decían lo lista que era y a todos presumían de ello, haciéndola sentir hasta incómoda y ¡la engañaban! ¿En cuántas cosas más lo harían? Ese día decidió que nunca más creería en lo que no podía ver. Con la dignidad

que podía tener una criatura de 4 años se limpió la cara con la manga del jersey. Se dirigió al salón sin decir una palabra por miedo a que en castigo se los quitaran.

Pero nada nublaba la ilusión de estrenar cada año una muñeca nueva. No dejaba de repetirles las frases que su madre usaba con ella, bañarlas, incluso cortarles el pelo. Esa mañana se juntaban todos los niños del barrio para enseñarse sus juguetes. Eran sus trofeos por haber sido buenos ese año.

Y esos pensamientos la envolvían en una felicidad tan inmensa, que no entendía como había personas que no les gustase la Navidad.

Con la Asociación Blogger (a la que pertenezco) creamos la antología Relatos de navidad donde publiqué este relato y diseñé la portada, en el año 2016.

Hoy tampoco pensé en él

Querido diario:

Hoy Sofía, mientras regresábamos de la cafetería al trabajo me sorprendió con un comentario sobre los lunes. Dijo que era el peor día de la semana y que pasando la hora del desayuno parecía que la semana pasaba volando hasta llegar al ansiado viernes. No sabía que fuesen tan malos porque me lo estaba pasando bien. Contando las aventuras del fin de semana y parecía que las volvía a vivir. No me convenció su teoría. ¿Qué más da el día de la semana que sea si te pasa algo divertido? Hoy no pensé en él.

Querido diario:

Hoy recibí bastantes emails. Carlota está insoportable de lo único que habla es de Manuel, es monotemática. Marga que no deja de escribirme de forma encriptada por si le los leen y no me ha enterado de casi nada. Juan me mando fotos con el traje típico de donde trabaja, parece que está hasta guapo. El chico me presentaron en una fiesta y nos querían emparejar resulta que le gusta la que pasa de él. No le va una que le tiró los tejos. Queda claro que no nos gustamos. Hoy tampoco pensé en él.

Querido diario:

Esta tarde fui de compras con Sofía y Carlota. De camino a las tiendas nos cruzamos con unos chicos y empezaron a gritar: «¡La de blanco! ¡Guapa!»». Por supuesto la de blanco era yo. A las dos se les varió la cara y Sofía no pudo resistirse y soltar: «Pues yo no sé lo que le ven». Por suerte se les pasó pronto el enfado o lo disimularon bien. Cuando llegué a casa me puse delante del espejo y me busqué lo que ven... Yo tampoco lo sé. Hoy tampoco pensé en él.

Querido diario:

Hemos hecho planes para el fin de semana. Ya hemos hecho la lista de quién va, qué compraremos y cuanto hay que poner. Yo he bromeado con que si no va Johnnie Walker no voy. A todos parece que les gustó la idea, aunque ellas lo que planeaban era que íbamos de cena. Hoy tampoco pensé en él.

Querido diario:

Juan lo está pasando realmente mal, pero sabe que yo lo entiendo sin que me hable. Se empeñó en hacernos una foto. —Después de todo lo que hemos vivido... —dijo. La guardaré para siempre. Cuando por fin nos quedamos solos hablamos y sin darnos cuenta mi cigarrillo se consumió en el cenicero. Fue distinto, sentí un cariño especial por él y noté que me necesitaba. Conseguí que se olvidara de todo. Hoy tampoco pensé en él.

Querido diario:

Fue la noche de la cena nos reunimos todos en casa de Mónica y Javier. Pepe cocinó para todos pasta. Recuerdo cuando estábamos de moraga, me levantó aquel ligue que parecía un príncipe y me dedicaba canciones con su guitarra. No se lo perdonaré nunca. Cuando una noche tuvimos un flirteo no note nada extraño, todo lo contrario... Ahora esta tan contento porque se va a casar con una compañera del trabajo. Hoy tampoco pensé en él.

Querido diario:

Es domingo y llueve. Me apetecía estar totalmente sola. A veces lo necesito. Dedicarme un tiempo para mí. Después de almorzar me puse mi peli favorita *Desayuno con diamantes*, luego me di un baño de sales. Me alisé el pelo, escuchando a Luis Miguel de fondo como siempre. Pensé en él. Pensé mucho. En cómo sería mi vida con él, pero sé que ha pasado tanto tiempo que ya no somos los mismos. Ya no existe la persona de quien me enamoré. Se convirtió en el mejor recuerdo de mi vida. Ahora supongo que estoy preparada para fabricar nuevos recuerdos.

Gracias a la invitación de Vanesa Sanmartín este relato fue publicado en la antología Tornados de tinta, de su blog Mariposas sin alas, en el año 2016.

El día de la no-reconciliación

Querido recuerdo:

Hoy es un aniversario un tanto especial, tanto como nuestra relación... La gente «normal» celebra el día en que comenzaron, yo me uno a la fiesta del Sombrero Loco y el Señor Conejo para celebrar el día de la no-reconciliación.

En una noche de verano fría como esta, debíamos de haber vuelto como en las películas. A cámara lenta y fundirnos en un abrazo. La realidad, fue bien distinta.

¿A cuántos metros estaríamos? 5, 10... No lo sé. Podía verte solo, mientras yo rodeada de gente estaba más sola que tú. Esperé toda la noche a que te acercaras y no lo hiciste.

Busco el recuerdo e indago un motivo. Quizá es que no me di la vuelta, como cuando estábamos juntos. Era la única forma de que llegarás, abrazándome desde atrás. La timidez te obligaba a hacerlo así. Lo sé.

Te conocí más de lo que pudieses imaginar. No eras de grandes charlas, ni de adular y nunca me dijiste que me querías. En cambio, en como me mirabas, me tratabas y me besabas cuando te sentías celoso lo decías todo.

Creo que si esa noche hubiese ido hasta ti, la vida de los dos hubiese sido distinta. Puede que no, ¿quién sabe? Pero no pude.

Cuando me fui, era alguien que al volver había cambiado por fuera y sobre todo por dentro.

Recuerdo que tú trataste de convencerme para que no cortásemos. Yo quería darte libertad, para luego recuperarte. Debo ser la única imbécil sobre la faz de la tierra, que cuando dijo que quería cortar el tiempo que estaba fuera y luego volver, ¡era verdad!

Cuando te dije que podríamos ponernos los cuernos y odiarnos tú me dijiste que no te importaría. Lo que no sabía es que no podría estar con nadie, porque mi corazón te pertenecía. Que aunque estuvieses con otras sería yo a la que realmente amabas.

Tuvimos los que muchos buscan toda su vida, mientras nosotros no supimos que hacer con tan bello sentimiento.

Esta tarde vi el vestido que llevaba ese día y pensé en la loca del puerto de San Blas. Tuve curiosidad por probármelo pero al mirarlo noté que me quemaría la piel.

Mi alma no pudo soportar que terminara todo esa noche. Entonces fue cuando una voz dentro de mí dijo: «No, importa. Si no ha sido este año, será el próximo».

Así es como entre en una espiral de amores de fines de semana, pero sin permitir que ninguno llegase a mi corazón, porque ahí ya estabas tú. Esperando que un año de esos sucediera...

¿Cómo iba a imaginar todo lo que vendría después? Ex míos contándote que cada vez que quería romper con alguien me mudaba. El mismo que al trasladarme me fue infiel y por eso lo dejé. El mismo que me robó un beso, la misma noche que te conocí en un intento de que volviera con él.

Antes de ti nadie me caló hondo. Nunca me quemé jugando con fuego, hasta que contigo prendí cada poro de mi piel ¿Cómo explicarle eso a ellos y que lo entendiesen? Pensé que contigo también me pasaría. Nada más lejos de la realidad.

El que besaras a mi amiga me superó. Pero ahora lo entiendo, esos labios que te hicieron daño diciéndote que yo estaba con otro, los usaste para que me devolvieran el dolor al contarme su contacto contigo. Lo que no te contó es que el motivo por el que lo rechacé fuiste tú.

Ahora comprendo cada vez más cosas, como el que me buscaras cada vez que empezaba una

relación estable. Lo dejaba todo por ti. Lo hubiese dejado mil veces por una noche contigo. Después desaparecías, porque nunca me perdonaste. Me querías, pero no te permitiste olvidar.

Pasaron demasiados años... Una noche escuché una frase que me dolió como si me hubiesen arrancado el corazón con las manos: «Con la novia que tiene ahora se casa». En plena discoteca bailando, sonriendo, bajé a las profundidades del infierno.

Entonces me dejaron sin motivos para esperarte. Abandonada en el peor de los tormentos, la desidia. Ver pasar un día tras otro y todos iguales sin esperanza alguna.

Al final no solo no te casaste, si no que rompisteis. Por mucho que llegué a quererte, ya todo se había disipado. Fuiste el centro de mi mundo y lo destruiste, ¿de qué me sirvió quererte?

Hasta que llegó el día en que maduraste y reconociste que lo nuestro fue único. Llegaste tan tarde... Lo que me costó no quererte, pero lo conseguí. Todavía no sé si fue cierto o un desvarío, pero cuando te vi allí sonriendo, como hacías al vernos sentí rabia. Te hubiese dado todo y tú lo sabías.

De pronto me vi vieja, fea y sentí que había desperdiciado mi vida por ti. Al día siguiente te busqué con la mirada y volviste a desaparecer... Fue la última vez que te vi.

Yo me perdí en la obsesión de tenerte y tú intentaste vivir tu vida... Esa que se terminó, sin saber porqué.

Dicen que si existe otra vida todo lo ves y todo lo sabes. Ahora sabrás que te quise por encima de mí, el verdadero motivo por el que rompí y lo mucho que me gustaría saber que estabas casado y con hijos. Ya no te quería a mi lado, pero te quería feliz.

Me regalaste los días más felices de mi vida. Prometimos que haríamos un viaje cuando fuésemos independientes, aunque no estuviésemos juntos.

Dicen que si alguien hace una promesa y ya no está, acompaña a quien se la hizo. Por eso siempre serás parte de mí. Parte de mi historia. Te hace inmortal, porque en mi mente siempre serás el chico que al verme sonreía y le brillaban los ojos.

Si es cierto que existe otra vida, entonces sí nos volveremos a encontrar y esa vez puedes estar seguro que iré a por ti.

Gracias a la invitación de María Beatobe esta carta fue publicada en la antología benéfica Lo que a Cupido nunca conté, sus ganancias son a favor de la Asociación Piel de Mariposa (Debra), en el año 2016.

Dos Extraños

El taconeo de una mujer solitaria se hacía eco en un callejón oscuro. Su destino era la entrada a una discoteca que conoció tiempos mejores. Fue donde se encontraba de joven con sus amigas. Ahora en plena madurez asistía sola al cotillón de fin de año. No le costó mucho entrar, el portero la conocía de sobra.

La sala estaba concurrida de gente de todas las edades, clases sociales y tribus urbanas. La penumbra era rota por focos de colores que le hacían divisar a lo lejos la barra. Al llegar se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo del taburete con el bolso. Levantó una mano y pidió champagne. ¿Qué otra cosa podía pedir en noche vieja?

Cuando terminó la copa se sintió incómoda e hizo ademán de irse, topándose con un atractivo hombre que le obstaculizó el paso.

—¿Te vas justo cuando acabo de encontrarte? Si llevo buscando alguien como tú toda la noche — le dijo mirándole fijamente a los ojos.

—¡Ya! ¿Por qué no me cuentas una de indios y vaqueros? —contestó airada.

—Si quieres te cuento una romántica que no olvidarás jamás...

Ahora si retándola, le hizo un gesto al camarero para que trajese una botella de champagne. Le lleno la copa y chocándola dijo efusivo. —Brindo por habernos conocido —ambos bebieron—, te toca —. Y espero su brindis.

—Brindo por una copa gratis —rio.

Se preguntó a si misma porqué no se había ido y aceptó la copa.

—No cariño, la botella entera te pertenece, solo acabamos de empezar —. Sonrió desnudándola con la mirada.

—Brindo por el cara dura que me va a invitar esta noche.

—Cariño, no es lo único que tengo duro —dijo acercándose a su oído en un susurró. Ella soltó una carcajada y se apartó de él. Era noche vieja estaba sola y aquel extraño trataba de seducirla claramente. ¿Pero ella realmente quería eso? ¿Por qué no? Era atractivo y aunque brusco sabía guardar las formas.

—Brindo por tener la suerte de estar junto a la mujer más deseable de la faz de la tierra. —Bebió y se acercó un poco más, mientras ella no rechazó el contacto. La miró con asombro abriendo mucho los ojos —. ¿Aún no te di el feliz año nuevo? ¡Feliz año nuevo! —Sujetándola por la nuca le dio dos besos en ambas mejillas. Ella paseaba su mirada desde sus ojos a sus labios—. Que poco cortés de mi parte, ¿tampoco te di feliz navidad? —Esta vez le regaló los roces de sus labios a lo largo de su cuello— ¡Que cabeza la mía! Si no te felicité por tu cumpleaños. —Esta vez recorrió su rastro a la inversa terminando mordiendo en su lóbulo. Se sentía hipnotizada por ese hombre que le ofrecía un juego peligroso, pero divertido—. ¡Y San Valentín! Ni acordarme de llamarte. —Le pasó su otra mano por la espalda y pudo probar de sus labios el sabor del champagne.

A partir de ese momento ya no era dueña de si misma, se dejó arrastrar por aquel extraño. Se colocó contra la pared atrayéndola hacia si. Sus brazos la rodearon por la cintura lo que la obligó a poner sus manos en sus pectorales. Los notó fuertes de gimnasio. Realmente aquel seductor la excitaba. Pasó la punta de su lengua por la comisura de sus labios para adentrarse en ellos. Encontrándose y reconociéndose como pareja de un baile sensual. Cada vez los roces eran más apasionados y el abrazo más fuerte. Tanto que ambos cuerpos notaban el deseo en el ajeno, fundiéndose en solo uno.

—Vamos al baño —le susurro él.

Ella no pudo más que dejarse llevar de su mano. Entraron en el baño de mujeres. Probó en cada puerta con desesperación, hasta encontrar uno libre y entraron. Dejando atrás la muchedumbre, el champagne y las inhibiciones. Desde fuera se podía oír los gemidos de ambos y los golpes de las embestidas contra la puerta. Hasta que se hizo el silencio.

Cruzó la discoteca dirigiéndose a la salida con prisa. Esta vez al salir no le esperaba un callejón oscuro. El extraño dentro de un coche le guiño un ojo y le hizo un ademán con la cabeza para que entrase. Pasó por delante y entró.

—Le dijimos a la niñera que llegaríamos a las tres y son y media.

—¡Que se joda! —dijo encogiéndose de hombros y posando la mano en el muslo de su esposa.

—Pero tú no, tú solo me jodes a mí —soltó una carcajada, tomando la mano y apretándola.

Gracias a la invitación de Abby Mujica este relato fue publicado en la antología La noche de las estrellas, en el año 2016.

Solo un sueño

Hecha un ovillo en el sofá, no dejada de releer la dichosa carta. Las lágrimas rodaban por su tez pálida y con su dedo enroscaba un mechón de pelo. Era una manía que le acompañaba desde la niñez. Aquel tipo trajeado del banco con una mirada gélida, ya le avisó. Después de tres meses sin tener ingresos en su cuenta, el banco ya no le cubría los gastos.

No solo le debía unos pagos que hizo a través del margen que le permitía su tarjeta. Ahora eran palabras mayores: era el primer impago de la hipoteca y al tercero llegaría el embargo. La casa la heredó de su abuela libre de cargas, como regalo por haberla cuidado en su recta final. Se la dejó ganando el odio del resto de la familia, pero eso le daba igual.

El cariño que recibió de su abuela llenó en vida todo el amor fraternal que necesitaba y lo haría cuando ella no estuviese. No es que no tuviese padres o que nos los quisiese, pero el lazo entre ellas siempre fue más fuerte, todos lo sabían y lo respetaban.

Tuvo que hipotecarla para hacerle reformas y habitarla sin miedo a que una noche se despertara durmiendo con el techo. Se echaba la culpa de haber tomado esa decisión. Ya no se trataba de volver a casa de sus padres. Era la sensación de fracaso, perder tantos recuerdos... Sentía que la estaba traicionando. Era lo que más dolía.

Respiró hondo, intentando llevar así todo su orgullo al abismo. Cuando le hablaron de ello le pareció algo bochornoso... Aparte que era un delito penado con años de cárcel.

Ella que en toda su existencia no había sido capaz de saltarse un semáforo en rojo. Con una carrera de arquitecto la crisis le había tocado de pleno y se veía perdiendo en meses todo el esfuerzo de su abuela. La vida no era justa, ahora ella tampoco seguiría las normas en las que hasta entonces se regía. Marcó un número y carraspeó por miedo a no ser capaz ni de poder articular palabra.

—¿Diga?

—Has ganado, mañana iré a verte. Solo te pido que sea un hombre sin adicciones, ni violento, el resto me da igual.

—Tengo a alguien perfecto para ti, ya te lo dije. Sabía que eres una chica lista... No te tienes que preocupar de nada, mi comisión la paga él. Así que tendrás solventados tus problemas en 30 minutos.

Colgó sin responder. Parecía que veía como se regodeaba esa arpía en su éxito y a ella le daban náuseas de pensar lo que tendría que hacer.

La mañana se despertó. A pesar de ser pleno agosto tenía frío o acaso era su alma la que estaba helada por el miedo.

Cruzó dos calles y se enfrentó a un edificio que a pesar de representar todas las reglas establecidas por la sociedad, estaba podrido.

Subió deprisa las escaleras en un intento de que todo aquello acabara lo antes posible. Al abrir la puerta el asombro se adueñó de ella.

En una mesa de despacho se hallaba la mujer con la que se había citado, pero al otro lado había un hombre de mediana edad que la miraba y eso no estaba en sus planes aún.

—No te quedes en la puerta, Gema, entra.— Sin decir una sola palabra se sentó en la silla que estaba junto al extraño—. Empecemos, estamos aquí para unir en matrimonio a Gema García Ruiz y Jorge Solaya Oña. Primeramente voy a proceder a dar lectura al acta matrimonial: Siendo...

—¿Pero qué dices si hay que poner las amonestaciones 15 días antes?— Calló ante la mirada inquisidora de la concejala.

—¿Te crees que soy tan incauta de dejar todo al azar? ¿De esa forma crees que he llegado hasta aquí?— Contrajo la mandíbula, mientras parecía una fiera segundos antes de lanzarse sobre su presa.

—¡Tú sales de aquí hoy casada!— Y señaló un petate en el suelo. —Así que seguimos con la celebración Por qué eso es lo quieres, ¿Verdad?— Respiró profundamente, sonrió al individuo que seguía la conversación expectante. — Prosigamos: siendo las 10 horas del viernes de agosto de 2016, comparecen quienes acreditan ser Gema García Ruiz y Jorge Solaya Oña, al objeto de contraer matrimonio civil en virtud de autorización recaída en el expediente...

Seguía esas palabras de modo hipnotizador. Nunca pensó en casarse, pero seguro que ese no sería uno de los sueños infantiles de ninguna niña. No salía de su asombro al ver cómo se burlaba de todas y cada una de las palabras que pronunciaba. ¿Qué más cosas sería capaz de hacer esa mujer?

Apenas media hora después se encontraba abriendo la puerta de su casa, junto con un marido del que solo conocía su nombre.

—No sabía que esto sería tan sumamente rápido, pero te puedes arreglar el dormitorio del final del pasillo— dijo mientras miró la hora.

Pensó que con la excusa de comprar pasarse por la ferretería y conseguir un cerrojo para su dormitorio o le sería imposible dormir tranquila en su propia casa.

—Tranquila, en cualquier sitio me acomodo.

—Bueno, tendremos que conocernos un poco. Creo que deberíamos hacer una lista con preguntas para memorizar. Haremos primero un borrador de las preguntas y luego pasar a pc dos copias... ¿De dónde eres?

—Soy de Cuba— dijo al sentarse intentando relajarse.

Para él también todo aquello era desagradable.

—Oye, ¡si empezamos con mentiras mal vamos! Si tienes la piel más blanca que yo, los ojos verdes y hasta las puntas tan claras que parecen rubias... Que me da igual de donde seas, pero la verdad.

El individuo no dijo ni una palabra, tomo su petate lo abrió y sacó el pasaporte dándoselo.

Aquella situación le sobrepasaba, estaba en un país extranjero ilegalmente y era justo lo que volvía a sentir en esa casa: que lo volvían a señalar con el dedo para echarlo. Estaba harto de esa situación y cansado de dar explicaciones. Lo que menos quería en esos momentos era empezar con una discusión, y esa jovencita menuda y tostada por el sol parecía un pequeño torbellino que le hacía exasperarse.

—Bayamo, provincia de Granma, provincia de Oriente, Cuba— dijo para sí, lo miró y le dio el documento.

No antes de comprobar que la fecha de salida del país estaba caducada. Pensó que en el telediario no salían noticias de cubanos y se sintió un poco más tranquila. Aún así esa misma noche pondría el cerrojo.

—Vale, al subir la escalera verás una puerta azul, en realidad es un armario. Ahí tienes todo lo necesario para vestir la cama y también hay toallas. Yo voy a comprar y me pasaré por la ferretería para hacerte una copia de la llave.

Simplemente se limitó a asentir con la cabeza. Gema salió de casa y apuntó estuvo de tropezar con un corrillo de vecinas cerca de su puerta.

—¿Un amigo para pasar las vacaciones, bonita?— le preguntó una, antes de que fuese tarde para que no la escuchase al salir andando rápido.

—No, señora Herminia, me casé.— Y salió huyendo del resto de preguntas a tropel, hacia la tienda.

Los días se fueron escapando sin apenas darse cuenta. Ella consiguió pagar sus deudas ante la mirada furiosa del director del banco y el nuevo inquilino apenas molestaba más que un gato.

Andaba siempre estudiando, por lo visto quería convalidar su carrera de profesor de música. Tan solo se dejaba ver alguna vez a la hora de comer y las únicas palabras que cruzaron fue por motivo de un cuestionario que hicieron para conocerse e inventaron que se habían conocido en unas vacaciones que había hecho ella a Menorca.

Según habían ideado, habían mantenido una relación por las redes sociales y es lo que les hizo cometer la locura de casarse al no soportar la distancia entre ellos.

Su familia al principio se sorprendió. La veían tan racional e incapaz de cometer ese tipo de locura. Se pensaron que era una broma pesada, pero tras ver que el maridito tenía título universitario no lo veían tan mala opción.

Aparte que el hombre era tranquilo y parecía sosegado, todo lo contrario que ella que era una manojo de nervios. Era el equilibrio perfecto.

Los amigos eran otra cosa. Después de una larga lista de conquistas de tipos a cual de ellos más dispares, parecían no creerse del todo la historia. Aquella noche era crucial, le habían preparado una fiesta a la que no se pudo negar.

Esa noche se pusieron sus mejores galas, para salir a cenar. Durante la velada cruzaron sus miradas varias veces. Por primera vez se veían realmente.

Jorge se mostraba muy educado, aunque parecía que empezaba a abrirse y parecía más cercano. Ella por el contrario se sentía cohibida, el miedo a ser descubierta no le dejaba disfrutar la noche.

Consciente de ello y arrastrado por hablar a solas con ella, al sonar la canción de Yolanda la sacó a bailar. Movi6 la cabeza negando, pero 6l seguía allí de pie esperando. Se sintió obligada a acompañarle. Al juntar sus cuerpos al son de la música le susurro al oído:

—Esto no es necesario y no sé bailar.

—Yo tampoco...

—Un cubano que no sabe bailar.— Y rompi6 a reír. Eso hizo que se sintiera más relajado. Por fin aquel torbellino parecía dejarse llevar por lo que sentía. —Me apuesto un chupito de ron a que ni estuviste en La Habana.

—Chapéa bajito, ¿no te estudiaste la encuesta? Allí fue donde estudié.

—¿Chepe qué? Un chupito de ron Pálido para el que falle una respuesta —Le miró desafiante.

—Chapéa bajito es hablar bajito, tú también tienes que aprender cosas de mí.

Comenzaron un juego de preguntabas y respuestas del cuestionario. Para su sorpresa ella no sabía prácticamente nada. Dio la excusa de que al ser 6l quien vivía en su mundo era quien debía adaptarse y se veía haciendo la maleta como le investigara inmigración. Así que de perdidos al río y empezó a fallar a las preguntas por beber y olvidar.



«Jorge daba golpes en un muro para derrumbarlo, al otro lado estaba ella desnuda y avergonzada. De pronto se deshizo como las cenizas al viento, quedando los dos a un palmo de distancia y 6l le daba una caja de oro que ella miró aterrada».

Se despertó con un terrible dolor de cabeza y una sed inmensa. Salió del dormitorio a la cocina a por un vaso de agua. Su estado le hizo olvidar que ya no vivía sola.

Cruzó por el salón con el resultado de encontrarse desnuda, frente a su esposo que atendía a dos

personas en la puerta. Ante aquel acontecimiento se cubrió como pudo y volvió a su dormitorio. Se vistió y volvió a salir.

—Tranquila amor, ya les expliqué a estos asistentes sociales que anoche salimos de fiesta con tus amigos y que nos pasamos un poco con el ron— le dijo ofreciéndole la mano para que se sentara a su lado.

—Chapéa bajito, que me duele la cabeza, amor —le respondió dibujando una sonrisa en su cara.

—Tienen que entender que cada vez hay más matrimonios de conveniencia y nuestro trabajo es investigarlo... después de visto lo visto no hacen faltan más palabras—dijo guiñándole un ojo, mientras su compañero intentaba no dejar escapar la risa.

Allí estaba ella en el mismo sillón en que se regodeaba de su dolor, al lado de su marido recibiendo las disculpas por haber sido capaz de burlar lo establecido. Quizá no era tan mala la idea de cometer alguna locura, olvidarse del mundo entero y vivir un sueño.

Gracias a la invitación de Sara del Pozo este relato fue publicado en la antología benéfica Un mundo mejor, sus ganancias son a favor de la Asociación Allende Mundi , en el año 2017.

El robo de la soledad

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Creyó ver en el gran escaparate de telefonía móvil, el regalo perfecto para su hermano. Se deslizó el asa del enorme bolso que llevaba para tomar su móvil y ver la foto del que buscaba... Y sin darse cuenta recibió un empujón, apropiándose de él. Del impacto cayó al suelo y solo fue capaz de articular en un grito la palabra:

—¡Bolso...!

La gente que pasaba a su alrededor y lo vio todo, tuvo varias formas de reaccionar. Ella parecía que desde el suelo lo contemplaba todo a cámara lenta. Unos se alejaban para que no los involucrasen, otros miraban simplemente como la anécdota que contar al llegar a casa. De repente entre todo el gentío un hombre alto y de traje salió corriendo detrás del ladrón.

Una señora mayor no hacía más que preguntarle si se encontraba bien. Aquella extraña la sacó de su ensimismamiento. Al ayudarla a incorporarse dio muestras de una fuerza que le sorprendió. Al poco llegó el desconocido con la respiración entrecortada. Se abrió la chaqueta y puso los brazos en jarras.

—Ese chico se conoce todos los callejones. Se ha escurrido como una cucaracha.

—De todas formas con esos zapatos italianos no debe ser fácil correr... — Tuvo el impulso de ponerse las manos delante de la boca. Aquel tipo había intentado ayudarla y ella le echaba en cara que no tenía un calzado apropiado.

—Pues con esos tacones de madera, tampoco creo que le hubieses dado caza tú—le dijo desafiante.

No respondió nada por miedo a meter de nuevo la pata. Estaba desbordada y no era justo pagar su malhumor con nadie.

—Bueno, no vayáis a discutir ahora por eso. Lo mejor es que cuando lleguéis a casa con calma, lo soluciones de la mejor manera —dijo la señora ante la sorpresa de ambos—. Y ahora lo mejor sería tomar algo para que se nos pase el susto del cuerpo.

Los dos se miraron estupefactos. Los había confundido con una pareja. Como hipnotizados la siguieron, mientras ella los miraba risueña. Dirigiéndose a un bar cercano.

—A esta chica le acaban de robar el bolso, tía para ella. A mi me pones un café como siempre y a este muchacho... —Le señalo esperando una respuesta.

—Un café estaría bien.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana donde se podía ver toda la calle llena de viandantes cargados de bolsas y el alumbrado navideño en las calles. Parecía que miles de estrellitas de todos los colores decoraban la ciudad.

—Creo que va siendo hora de las presentaciones. Me llamo Magda y vivo a dos calles de aquí —dijo antes de dar un sorbo del café caliente.

—Yo soy abogado y trabajo en las oficinas del centro. —Fue a probar su consumición, cuando notó la mirada recriminatoria de la anciana. Dudo un instante. —¡Ah! Mi nombre es Luis. —La señora no relajaba su mirada.

—Yo soy Anais y trabajo en la contabilidad de unos seguros. Magda creo que usted esta en un error. Nosotros no somos pareja —musitó en un intento de reparar la falta de respeto que le había propinado, después de ofrecerle su ayuda.

—Esta juventud que no sabe ni lo que son: amigos, rollos y eso que está tan de moda y suena tan mal... En fin...

Ambos se miraron sorprendidos y reprimieron una risa. Aquella mujer era imposible, no se podía

razonar con ella. Supusieron que habría sido de armas tomar y por supuesto aún lo era. No dejó de sorprenderles desde que la conocieron y la despedida no iba a ser menos. De repente vio a otra señora de avanzada edad. Como si hubiese visto una aparición abrió los brazos y se lanzó a abrazarla preguntando por toda su familia. Los dejó allí. Frente a frente esquivando las miradas y sin saber que decirse.

—¡Ostras! Los regalos y no tengo nada para comprarlos —se dijo para si misma en voz alta dentro de su desesperación.

—Si quieres yo podría ayudarte con eso.

—Creo que ya te causé demasiadas molestias, por hoy llené el cupo.

Mientras en su mente empezó a visualizar a todos señalándola por haber dejado todo para el último día y no ser capaz de hacer las compras navideñas. Ahora tendría que denunciar el robo para que anulasen las tarjetas y renovar toda su documentación...

—Oye, no te voy a hacer un favor. Podríamos grabar un audio donde yo me ofrezco a prestarte una cantidad y tú me pagas un porcentaje. Si no lo cumples te advierto que soy muy bueno en lo mio —dijo con una sonrisa pícaro.

—Me parece bien y eso, ¿cómo se hace?

Ambos pusieron sus móviles a grabar. Primero le pidió sus datos, que ella contestó recelosa, para luego hacer un trato verbal donde se comprometía a darle un 3% del dinero que gastase. Para ratificarlo firmarían ambos los tickets de compra. Aquello no le gustaba nada, pero era la única solución que encontró.

Después de ir a la comisaria a poner la denuncia del robo, se fueron de compras. Anais lo tenía todo planeado el móvil para su hermano, un fular para su madre, una cartera para su padre (que para su sorpresa él le aconsejó un sitio de marroquería donde había cosas preciosas), para su abuela un rosario de plata que tenía apartado. Solo le quedaba envolver unos jerseys que le había hecho a mano a sus hermanos gemelos y que estaba segura que les encantarían.

No entendía como un completo extraño se mostraba tan atento, ya no se trababa solo del dinero. Le estaba regalando todo ese tiempo, cuando lo más normal es que estuviese deseando llegar a casa después de un duro día de trabajo. La duda se adueño de ella y lejos de sentirse agradecida, la hacía desconfiar. ¿Y si se trataba de un robo planificado para que apareciese como un súperheroe y bajase la guardia? Podía ser un psicópata asesino o miembro de una banda de secuestradores para traficar con sus órganos o...

—Y hasta aquí ha sido todo. Nos llamamos, ¿Vale? —le dijo, mientras se sentaba en la parada del bus en un intento por zafarse de él.

—Ya sé que no conseguí tú confianza, mira que eres difícil. Te vas a helar esperando el próximo bus, si te vas en taxi para seguir las normas tendría que ir contigo y firmar el ticket entre ambos. Eso por no hablar que tendría que volver con él para recoger a mi coche ¡Por el amor de Dios! ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? — Aquella mujer le desconcertaba. Pensaba en la cantidad de extrañas que había llevado a su piso en menos tiempo y sin tantos favores.

—Está bien... —Se sentía obligada a ceder, pero la idea no le gustaba nada.

Al aparcar el coche delante de su casa su madre salió a su encuentro alarmada.

—Nena, ¿Te pasó algo que no vienes en el bus? —Antes de dejarla responder miró a su acompañante y sonrió —. Así que vienes que un amigo... Pasad dentro, la cena está lista.

Él la miró con sorna y se apeó del coche. Ella se quedó allí sentada inmóvil. Por primera vez perdía el control de todo y no sabía como reaccionar. Durante la cena se sentía una extraña dentro de su propio hogar. Su familia no dejaba de agasajar al invitado. Que a veces le devolvía miradas

imitando las muecas de sorpresa que ella ponía. Para colmo sacaron el álbum de fotos y su madre no dejaba de hablarle de lo buena estudiante que era de niña. Al acompañarlo al vestíbulo cuando se marchaba, la miró fijamente.

—¿Si fuese un persona de la que no puedes fiarte, hubiese venido a tu casa para que tus padres me viesen y pudiesen identificarme si te ocurre algo? — En sus ojos había una mezcla de tristeza y esperanza. De repente la barrera que los separa desapareció.

—No, supongo que no.

—¿Supones? Bueno, ya es algo. Porque tendremos que volver a vernos para ajustar cuentas y no me apetece que me mires como si te fuese a secuestrar —esta frase provocó una risa en ella. —Eso está mucho mejor. Mañana te paso a buscar.

Ella asintió, mientras él se marchaba y cerraba la puerta tras de sí. En su interior surgían mil sentimientos encontrados. Aquella noche se durmió escuchando la voz cálida que había grabado en su móvil. Después de mucho tiempo creyó que había encontrado a alguien realmente bueno. Le habían robado el bolso y con él la soledad. Había encontrado algo mucho más valioso: Le habían devuelto la confianza en los extraños. Esos que en un solo día pueden cambiar la vida. Se sintió menos sola porque por fin habían caído las barreras que le separaban de lo desconocido. Pensó que ahí fuera había muchas personas que cuando menos lo esperase se convertirían en parte de su mundo. Y esa idea la reconfortó. Sin duda aquella navidad ya tenía su regalo.

Gracias a la invitación de Noelia Moral Jiménez este relato fue publicado en la Antología navideña Ladronas de sonrisas II Certamen de relatos navideños del grupo de Facebook Ladronas de sonrisas, en el año 2017.

Cuando la vida perdió la cordura

Dicen que unos de los primeros síntomas de demencia es cuando una persona no sabe diferenciar entre la vida lúcida y el mudo onírico. De lo que nunca escuché hablar, ni leí en ningún libro es cuando ambos mundos se unen. Todo empezó de la manera más simple. Dada mi afición a interpretar los sueños, los fui apuntando en mi diario. Soñaba con lugares donde nunca había estado y algunas zonas de mi ciudad eran totalmente transformadas. Nada inusual en el enigmático mundo del subconsciente. Realmente, soy bastante aburrida en lo que se refiere a mis sueños y su simbolismo. Deseos reprimidos, recuerdos que aún duelen... Como todo el mundo creo, pero esto me resultó fascinante.

Ya eran varias veces en las que soñaba que pasaba por una tienda junto a la casa de una amiga. Nada fuera de lo normal, hasta que un día ocurrió lo siguiente. Como cada tarde de martes iba a tomar café a casa de Gardenia. Cada día nos turnamos y así una vez a la semana nos toca a una de nosotras ser la anfitriona de un café, pastelitos y risas. Cuando entre los comentarios, mi amiga, nos contó la inauguración de una nueva tienda en su barrio y que nos pasásemos porque iban a dar regalos. La verdad, me pareció extraño, pero las casualidades existen.

La siguiente vez fue determinante. En casa dieron la noticia de que un familiar había dejado un pequeño terreno a un precio irrisorio y lo iban a comprar. Un suspiro escapó de mi pecho. En mis sueños iba acompañada de un hombre moreno al que me unía algo más que amistad. No pude pensar si todo se podía cumplir o solo los lugares. Puede que también afectase a mi vida personal. Tendré que esperar para comprobarlo. Con total sinceridad, puedo decir que ansío con la ilusión de un niño quiere ser mayor.

No dude en mirar mi diario y cerciorarme que todo estaba allí escrito. Me sorprendió un texto al que no le di importancia. Estaba en el interior del hogar de una conocida y me despedía de un novio que no me supo valorar. Le quise muchísimo, pero éramos demasiado jóvenes cuando nos conocimos y no estábamos preparados ninguno de los dos. Pues resulta que el matrimonio de la casa que visualicé apenas hace unas semanas se había divorciado. Se conocieron con apenas 17 años, no tardaron mucho en casarse y cuando se menos se lo esperaban se dieron cuenta que eran dos extraños.

Desde entonces no dejo de coincidir varios mundos. Hace apenas unos días que recibí la noticia de la expropiación de un terreno donde van a construir una zona lúdica. Donde tantas veces he

asistido a conciertos, representaciones de teatro... Incluso yo misma me vi hablando de los libros que escribía. Rodeada de niños que a coro respondían las preguntas que yo les hacía, todos lo habían leído y ante mi asombro me miraban con admiración. De esta manera ambos mundos se unen, donde su epicentro soy yo. Así que sin duda a equivocarme puedo asegurar que la vida perdió la cordura afortunadamente para mí.

Gracias a la invitación de Tulio Galanti este relato fue leído por él, en Radio Encuentro en la Patagonia (Argentina), en el año 2018.

Desde donde escribo

Cuando escribo me aísto del mundo. Me encierro en mi dormitorio, enciendo el portátil y me pongo los auriculares con el tipo de música que corresponda con mi estado de ánimo. Paul Auster dijo que «La literatura es esencialmente soledad. Se escribe es soledad, se lee en soledad y, pese a todo, el acto de la lectura permite una comunicación entre dos seres humanos».

Fuera es posible que haya nevado. En Granada capital (España) solo existen dos estaciones: El frío (que nos llega de Sierra Nevada) y el sofocante calor por estar a 680 km sobre el nivel del mar. Por eso todos los granadinos en verano buscamos la forma de irnos a la costa. En 40 minutos, en la misma provincia estamos en la denominada «Costa tropical». Llamada así por su parecido con el clima de Cuba o Puerto Rico. Por algo aquí es el último lugar de Europa en cultivar la caña de azúcar y el segundo en tener la sierra y el mar a tan poca distancia. En las vacaciones de Semana Santa puedes esquiar por la mañana y bañarte en el mar por la tarde. Un clima especial, para un lugar especial.

Desde aquí tampoco puedo ver la Alhambra que cuenta la leyenda que será para el primer hombre que de a luz. Todo es un *chascarillo* que cuentan los ancianos debido a que cuando el último rey islámico Boabdil el chico, lloró al perder la ciudad por los Reyes Católicos. Su madre le dijo la famosa frase «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre» y de ahí tal invento. Aquí fue donde están los Reyes Católicos en su sueño eterno. Como el tan discutido Cristóbal Colón que por lo visto existen varias tumbas. Al contrario que a Lorca que aún se ignoran donde están sus restos mortales, haciendo más grande su alma de escritor.

Granada es una ciudad llena de contrastes. Hay muchas dentro de una sola. Si paseas por la Calle Recogidas de mañana, creerás que estás en New York con gente trajeada y con maletín andando a un ritmo frenético. La ciudad de los estudiantes, debido al gran número de universidades que hay hará que algún día te veas rodeada tan solo de juventud. También te puedes perder por los callejones de la parte más antigua, su esencia. Su Sacromonte llena de gitanos que viven del arte que corre por sus venas.

En la mesa tenemos platos únicos para cada estación del año. En Navidad aquí no se come pavo, se cena besugo, con sopa de puchero y piononos de postre. En Semana Santa se hace potaje de garbanzos con bacalao cada viernes. Aparte de pestillos, buñuelos, torrijas y roscos de varios sabores. En verano tenemos el gazpacho, salmorejo o ajo blanco... La cercanía del mar con la montaña y el microclima de las Alpujarras hace que nunca falte en la mesa carnes, pescados, y todo tipo de frutas. Desde aguacates a naranjas chinas. Una fiesta, no es una fiesta si no se celebra con un choto en su salsa.

Sus gentes no son famosas por su simpatía y me niego a nombrar nuestro apodo. No vivimos en un chiste a pesar de ser andaluces y ser lo que se espera de nosotros. Aunque la mejor parte del día es cuando visitas un bar cualquiera entre risas rodeada de amigos o pronto alguien te animará a que te unas a su grupo y por una caña te ponen una tapa. No es nada extraño recorrer calles degustando las mejores papas a lo pobre, pescados fritos, caracoles... Con dos tapas te aseguro que estás lleno.

Granada es la suma de ideas, colores y olores de todo aquel que pisó su tierra. Es mezclar en una coctelera: Todas las culturas que nos conquistaron, Lorca, Ángel Gavinet, hospitales pioneros en avances científicos, La música de 091, un atardecer con las vistas en rosa de la Alhambra y sus calles llenas de extranjeros que la vienen a visitar desde todos los rincones del mundo. Una ciudad

que madruga y sale a trabajar o estudiar antes que salga el sol. Que lucha cada día por ser mejor, teniendo su embrujo que Washington Irving plasmó en su libro «Cuentos de la Alhambra».

Gracias a la invitación de Tulio Galanti este artículo fue leído por él, en Radio Encuentro en la Patagonia (Argentina), en el año 2018.

Pide un deseo

Allí estaba yo. Disfrutando de unos de los mayores placeres de la vida, ¿Quién podría negarlo? Sumergida en aquella agua caliente, como si mi cuerpo formase parte de su composición. Ese líquido era una prolongación de mí. Un elemento más que cobraba vida en mi cuarto de baño.

Unas veces estaba en calma, otras en cambio se alborotaba. Formando un pequeño maremoto. Oía sus olas, a lo lejos. Yo era ola. Su rumor golpeaba mis oídos. Una vez. Otra vez. Cada vez más fuerte, como si me quisieran decir algo:

—¡Marta! Te llaman.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién podría destrozar mi paraíso así? ¿Quién podría odiar tanto aquel deleite, y odiarme tanto a mí, para arrancarme mi edén particular? ¿Quién podía quedar de la edad media? Que no esperará que con esto es pecado y yo sé lo que es mejor para ti, lo iba arreglar. ¡Ya sabía que los años de Adán y Eva habían quedado muy lejos, pero yo sólo había cogido prestados 10 minutos!

Me envolví en mi albornoz y me lié una toalla al pelo como pude. Entre el enfado y la prisa por ver quién podía ser aquel ser. Crucé el pasillo intentando hacer el menor ruido posible, pero aún en los oídos sonaba el eco de las olas que ya se había convertido en un agradable recuerdo. Entreabrí la puerta. Asomando mi cabecita con aquella gran corona blanca, que alguien me dijo alguna vez que me favorecía. Y desde entonces a la mínima oportunidad me gustaba lucir.

—¡Vaya! Te hemos pillado bañándote... Este es Álvaro y te estaba buscando —Balbuceó Paco, entre una media sonrisa, al darse cuenta que ya había puesto mis ojos en el extraño. Más bien no se los quitaba de encima.

Álvaro. Era lo único que mis oídos aún con el zumbido habían podido percibir. Mi amigo entre sorprendido y mofándose miraba mi reacción. Nos conocíamos de siempre. Incluso presumía de lo bien que me conocía. Cuando supuestamente actuaba de forma diferente a como él pensaba, entonces enfadado me miraba y me decía que esa no era yo. A mí me daba risa, pero me hacía preguntarme sin que nadie me oyera: ¿Quién soy yo? Y me tranquilizaba pensar que por lo menos alguien lo sabía. Era mi amigo azul. Iba normalmente vestido de ropa vaquera. Llevaba los pantalones, la chaqueta y la camisa. Todo vaquero. Me preguntaba, a veces si su ropa interior sería igual. Mi amigo que había despreciado el mundo de la moda y creado su propio estilo. Que lucía con tanto glamour.

Álvaro parecía haber salido del sueño de alguien como yo. No sé qué ropa llevaba, ni siquiera si llevaba. Eso espero porque no me hubiese perdonado no mirar. No podía bajar la vista de su pelo claro. Ahora sabría para siempre que color era rubio ceniza. Que por cierto, no se parecía nada al de mi vecina, que tanto presumía de ese color, con el que se teñía en la peluquería de la esquina. Tenía los ojos claros. No eran azules, ni verdes. Eran color... Cielo. Ya está: Era un ángel.

Mi gran sorpresa fue cuando estando los dos a solas en el bar del barrio me lo corroboró. Mi amigo se había marchado, al ver el panorama poniendo una mala excusa. Me contó además cómo había esperado en mi puerta donde se había presentado, para entrar los dos juntos y no llamar demasiado la atención. Yo no hablaba, escuchaba con los ojos como platos. Sin saber si reír, llorar o salir a correr... Opté por esperar.

—Sí, sí un ángel... y yo soy caperucita roja... ¡No te fastidia! ¡Que los reyes magos no existen!

—Mira.

Abrió los brazos despacio y majestuosamente, como si de un pájaro al lanzar el vuelo se tratara. Una luz incandescente parecida a una vela (Que tan bien conocía yo, ya que por las noches a altas

horas de la madrugada, más de una vez, había sido mi fiel compañera al no poder dormir. Para no ser descubierta por la delatadora franja de resplandor debajo de la puerta), esta luz digo, lo envolvió como si fuese un regalo, ¿Y quién podía desearlo más que yo en aquel momento?

No podía negar la evidencia. Lo que en primer lugar me pareció un chico corriente. Chico-guapo, por muy guapo que fuese no dejaba de ser corriente. Su pelo rubio ceniza y sus ojos color cielo (que ya sabía porque), su cuerpo más o menos atlético. Casi me dolía la mirada, pero así podía ver lo que antes ni tan siquiera podía imaginar. Su indumentaria se trataba de una camiseta polo de color rojo, unos vaqueros algo desgastados y unas zapatilla blancas. Un chico-corriente-guapo y quizá hasta bien vestido en esta época, pero aquella luz no podía ser más que algo divino, celestial, algo que escapaba de mi razón y no entendía.

—Creo que he conseguido que empieces a dudar y conseguiré que me creas.

—Creo que ya lo hago —Supe decir.

—Pues la verdad... Sé que no te gusta recordarlo, porque al ser reciente aún sangra tu herida. Tu abuela que ve lo desgraciada que te sientes, no se ha olvidado de ti... Y su voluntad es que pidas un deseo.

—¿Un deseo? —Casi no me dejaba hablar el nudo que tenía en la garganta.

—Puedes pedir lo que quieras, pero... Piensa que esto no se podrás contar a nadie... Lo que consigas tendrá que ser algo que puedas encontrarle una explicación. Piensa que tu vida... Continuará como siempre a excepción de lo que pidas...

Que buena había sido siempre conmigo. Cerré los ojos pero mi mente no alcanzaba a verla. ¿Dónde estaría? De pequeña, cuando descubrí la muerte y supe que cuando ibas creciendo hasta envejecer, llegaba para recogerte y llevarte a sabe Dios donde... Lloraba por ella, pensaba que cuando llegase ese día, la echaría tanto de menos que no podría soportarlo. Entonces cada noche lloraba por un poco por ella. Pensaba, supuestamente que dividiría mi dolor. Quizá sin darme cuenta también lloraba por mi. Porque yo crecería y envejecería y un día también tendría que venir la muerte a buscarme y dar ese viaje tan lejos. Me daba miedo saber que no me podía negar, aunque no me gustase el sitio. Así que ahora no tenía lágrimas. Todo mi dolor líquido se había derramado. No podía estar muy lejos si podía verme...

¿Qué podía pedir? Era cierto que estaba triste. Siempre había estado triste, pero no sabía por qué. Sólo lo sentía. ¿Quizá me sentía sola?

Pide un deseo... ¿Qué podía pedir yo? ¿Sólo uno? Qué cosa podría pedir que pudiese explicar... Que me había encontrado, que me había tocado en una rifa... Muy complicado, tendría que enseñar boletos falsos y ¿Cómo explicar que sólo había comprado para mi y no había comprado para nadie más, ni siquiera para mi madre? Aquello empezaba a tomar forma. Quizá esto también me lo podía resolver el ángel. Ya era mi ángel. Siempre había pensado en ellos como en los típicos de la guarda, ¡La forma tradicional! Una vez más me hacía pensar quién sería el insensato que había inventado los dichos tradicionales. Pobre. Como que las ranas no tienen pelo, que se vaya a África. Allí seguro que hay alguna tan simpática que le mostrará sus pelitos y lo malo es que había más gente que pensaría como él.

¡UNA CASA! Con sus puertecitas, ventanitas cuartos y todo lo que debería de tener una casa de ensueño, ¿Quién no se ha quedado dormido imaginando la casa de sus sueños, habitación por habitación, detalle por detalle? Porque yo lo he hecho. Alguna vez se introdujo en mi sueño y por minutos quizás horas... pude vivir en ella. Sí eso era... Una casa solita para mi.

Después de contarle mi idea. No me explico, cómo lo haría, ni pensándolo un millón de años. Pero aprovechando un pestañeo de mis ojos nos trasladamos a la casa. De pronto aparecimos entre

muros grises, andando por un pasillo.

Yo le iba explicando donde quería los dormitorios, cada habitación de mi futura casa, hasta el último detalle. No sé cuanto tiempo pasó. Pero habría estado el doble, el triple... Creo que a él también le hubiera gustado mi idea. Me miraba con gesto animado, mientras yo le daba órdenes. Con la ilusión en la cara de la niña pide su regalo a los reyes magos y se recrea en sus palabras contando las maravillas que sabe hacer la muñeca que desea.

De pronto se esfumaron todas las chispitas de mis ojos, mi cara iluminada. ¿Pedir una cosa que quizá apenas podría disfrutar? Siempre fui lo que se llama de salud quebradiza, aunque no tuve una enfermedad grave. No me acordaba la última vez que me sentí bien. Que me sentí libre de reír, de hablar. Ahora sólo sabía fingir. Fingir que me divertía, fingir que me hacía gracia de lo que me reía, fingir que me hacía ilusión algo... Estaba harta. ¡Salud! Estar siempre bien. Sí estuviese bien podría trabajar y tener una casa, quién sabe incluso mejor que la que soñé. Con una casa no podría tener salud. Así que ese fue mi deseo.

Le conté mi decisión y él me miró incrédulo, si me había retractado una vez, podría hacerlo otra vez.

—Esta vez estoy segura. Quiero lo que más me falta y ahora para mi es lo más importante: Quiero salud.

Sonrió y tan sólo dijo:

—Espero que seas muy feliz. Mi trabajo ya ha terminado.

Me acarició la cara mientras su figura se desvanecía. Él iba desapareciendo y yo me daba cuenta lo feliz que había sido aquellos días con mi ángel. Mis ojos humedecían su imagen...

—¡QUÉ TENGO QUE HACER PARA QUE TE QUEDES!

Gracias a la invitación de Ainhoa S. Gómez este relato fue publicado en la antología benéfica Durmiendo entre Ángeles, sus ganancias son a favor de la Asociación: contra el síndrome de Ángelman, en el año 2018.

Una nube de verano

Cuando el sol se hallaba en lo más alto del firmamento, Fabiola movía su cabeza al ritmo de la música de sus auriculares. Se sentía feliz de volver a la playa donde veraneaba en su infancia. Con esta alegría paseaba por el paseo marítimo, sin perder detalle del paisaje. Era una joven de mediana estatura, cabellos oscuros y ojos brillantes. Buscaba entre el aglomerado de gente un hueco para disfrutar del mar. Colocó su toalla, se desvistió quedando en bikini. Miró a su alrededor sintiéndose en casa. Recordó todos los buenos momentos que había vivido allí. Se echó la crema protectora y camuflándose bajo unas gafas de sol, esperaba recordar todos aquellos momentos. Hasta que una voz grave la sacó de su ensimismamiento.

—¿Bonito sitio verdad?

Ella se subió las gafas oscuras y se incorporó. Un hombre alto, de cuerpo atlético y barbita de dos días se había colocado enfrente. La miraba osadamente con los brazos en jarras. Se sintió intimidada y recordó las sabias palabras de su abuela «la mejor defensa es un buen ataque».

—Perfecto hasta que llegaste tú, ¿Te importaría colocarte un poco más atrás que me estás robando el sol?

—Bueno, el que roba a un ladrón... ¿No has mirado detrás de ti? Este sitio estaba reservado— dijo señalando lo que parecía una sombrilla de playa cerrada.

—Así que era eso, pues no me pienso ir. Además es una práctica que se prohibió hace años y tienes suficiente espacio para un patio de colegio.

—Tú misma, en 30 minutos vendrá toda mi familia. Si quieres te adoptamos. —Y se marchó.

Esa práctica de usar la sombrilla para guardar el sitio estaba prohibida no tenía derecho a echarla de allí. Durante años los habitantes del pueblo se dedicaban a hincar dicho artilugio como medida para marcar el territorio. De esa manera los que venían de visita creían la zona ocupada y buscaban otro lugar. Se puso las gafas y se volvió a tumbar. 30 minutos. En media hora estaría rodeada seguramente del tipejo y a saber de cuantos extraños más rompiendo su tranquilidad. No eran ni las once y le había chafado el día playero. Se fue al chiringuito de Carmela una mujer de mediana edad, entrada en carnes y con un moreno permanente. Salió de la barra al verla. Le dio dos besos cariñosamente preguntándole por sus padres que ese año se retrasarían unos días. Al enterarse que ese año veraneaba sola le ofreció que comiese allí.

—No hija, estás en tu casa. Mira, que seguro que comes sola y te haces comida de esa precocinada. Aquí a comer la comida casera que te va a preparar tu Carmela.

Se preguntó porque no lo había pensado antes. Allí tenía todo lo que necesitaba. En frente había sitio de sobra en la playa donde tomar el sol, podía comer bien y sobre todo no había orangutanes maleducados.



Por fin llego la noche tan esperada de San Juan. Eran las fiestas del pueblo y parecía perfumado por la pólvora de los cohetes que no dejaban de sonar explotando allí en lo lejos, la ropa nueva de las gentes y el inconfundible olor a las hogueras que se prolongaban a lo largo de la playa en su oscuridad. Llegó acompañada de Mara su inseparable compañera de veraneo, ya que cada año coincidían esos días en la urbanización. Su amiga era castaña, al reflejo del sol los ojos le verdeaban

y tenía una sonrisa permanente. Habían quedado con los amigos de su hermano para que las llevaran a una cala. Allí estarían de moraga, pero la única forma de llegar era a través de un camino de tierra en moto. Cuando se quiso dar cuenta su amiga estaba en una moto ya subida y procedía a marcharse. Así que se aproximó al chico del polo azul marino y le dio un golpe en la espalda. Al voltearse este no salía de su asombro.

—Al final te fuiste, ¿no querías que te adoptásemos?

—Me llamaron por el móvil y me ofrecieron un sitio mejor. Bueno, se me ha hecho tarde creo que me marcharé.

—¿Te vas? Tu amiga esta con Carlos en la fiesta esperándonos, ¿o es que te doy miedo?

—Ya quisieras.

Se subió a su BMW R 1200 RT. Lo hizo a duras penas, pues no conocía el modelo. Hacía un siglo que no montaba por lo que no encontraba ni el reposapiés. Al ponerla en marcha y acelerar no pudo evitar echar su cuerpo sobre el del piloto y abrazarlo desde atrás. Apenas podía abarcarlo. La cala tenía forma de media luna, rodeada de rocas inmensas que aislaban el sitio. Un chiringuito al que no se le daba uso, como tal era la única construcción del lugar. Dirigió la mirada en busca de su amiga pero no la encontraba, se habían reunido unas 50 personas y no reconocía a nadie. Decidió mezclarse entre el gentío. Se encontró varios jóvenes pasados de copas que no dejaban de mirarla, mientras se reían. Uno de ellos le dijo algo al oído al amigo y se le acercó.

—¡Hola! tú eres la primera vez que vienes, ¿verdad? Debes de saber que la tradición dice tienes que subir al peñón aquel—dijo señalando hacia el horizonte una zona incierta y la tomó del brazo.

—Puede que más tarde...—dijo zafándose de sus manos.

—Tranquila, yo te acompaño ya verás como no te pierdes.

—Lo que vas a encontrar tú son problemas. Te crees que la traigo para que se lo enseñes tú, mejor se lo enseñe yo. —Interrumpió Álvaro arrastrándola hacia él y dándole una copa.—De menuda te he salvado.

—Que me sé defender solita y no pienso ir a ningún sitio.

—María y Carlos están allí. En realidad la tradición es cierta esto se llama la cala de los amantes. En aquel peñón era donde se encontraban los novios, o los casados con sus amantes antes de fugarse juntos, pero si no quieres ir...

—Bueno, entonces no me importará conocer el lugar.

Fabiola hizo un gesto enérgico y empezó a caminar hacia el lugar. Cuando llegaron lo único que reinaba era silencio. El camino era fácil para su sorpresa, estaba asfaltado por lo visto sería un sitio transitado por los curiosos que iban de visitaban. Desde arriba se podía ver como las olas chocaban con las rocas. Había luna llena por lo que la visibilidad era total. Anduvo un poco más, miró a su alrededor y no había nadie más que ellos dos. Se dio la vuelta indignada.

—Venga ya, has usado un truco para traerme aquí. No hay nadie.

—Y conseguí, ¿no es cierto?

—Ya lo he visto, ¿nos vamos?

—Espera que no has visto lo mejor.

—Si, ya me conozco yo que es lo mejor... Me voy.

Le hizo un gesto con la mano y subió a una roca más elevada. Al fin y al cabo le había deshecho de un pesado, supuso que se podía fiar de él. Subió tras él y era cierto. Desde allí se veía todo el paseo marítimo, las luces de la feria y al final el pueblo en forma ascendente y coronado por un castillo. Realmente era un paisaje precioso, digno de admirar. Allí arriba se sentía bien. La brisa del mar era algo que echaba de menos durante el resto del año, a veces en el trabajo se quedaba absorta

pensando en ella. Sumergida en este placer, notó también que el alcohol empezaba a hacer efecto. Aquella sensación le gustaba. Desde atrás Alberto se le acercó le susurró al oído:

—¿Me regalas el lunar?— le susurró Alberto al oído y su piel se encrespó.

—¿Qué lunar?

—El que tienes aquí.

Le besó el cuello y se deslizó por su columna vertebral bajando los finos tirantes de del vestido. Luego volvió a subir borrando los besos con lamidas. Apartó su melena con una mano, mientras con la otra ladeaba su cara buscando su boca. Ella le recibió y empezaron a bailar sus lenguas primero torpes y rápidas, más tarde lenta y profundamente. Se dio la vuelta acariciando su cara y su pelo mientras se seguían besando. Bajó ambos tirantes, dejando a la vista tan solo la piel. Lo que hizo que se le escapara un jadeo y sus cuerpos se unieron al compás de las olas del mar.



Cuando el móvil sonó, la resaca golpeó su cabeza. Se tapó completamente intentando aislarse del mundo, pero el móvil no dejaba de sonar con Summertime de Janis Joplin. Le dio a descolgar y al otro lado estaba Mara pidiéndole que fuese al chiringuito de Carmela. Aduras penas se puso en pie, se duchó y se tomó un zumo de piña con una aspirina. Cuando llegó estaba ella con Carlos que tenía la cara aniñada, de piel muy blanca, y corpulento. Este se pasó la mano por la barbilla y miró hacia la orilla. Donde se encontraba una amalgama de gente. Fabiola pasó su mirada por inercia un instante y volvió a mirar subiéndose las gafas. Alberto estaba allí al lado de una mujer a la que le echaba crema y unos niños pequeños a los que le decía algo que no lograba entender.

—Lo siento Fabi, yo no lo sabía y Carlos apenas lo conoce. Cuando hemos llegado hemos visto eso y ni nos hemos acercado...

—Vale, no pasa nada. Uno más a la lista y ni una palabra. No pienso tener problemas con nadie por culpa de semejante imbécil... Yo no tengo porqué aguantar esto me voy mañana, así que me marcho a preparar el equipaje.

Se levantó como alma que lleva el diablo. En sus planes no estaba el marcharse tan pronto, pero aquello era una situación insostenible. Al estar Mara con Carlos se sentiría desplazada, además el pensar que la mujer de Álvaro se enterara y viniera a pedirle explicaciones le aterraba. Por su mente volaban las ideas. No era justo, ella no sabía que tenía pareja y encima tenía que sentirse humillada con su presencia. Ese hombre no dejaba de darle problemas desde que lo conoció.

Quería que la tierra la tragase, que no se le acercase nunca más. Colocaba la ropa en la maleta sin apenas verla, pues tenía los ojos bañados en lágrimas. Agua salada como la que le rodeaba aquella noche y no podía dejar de escapar algún quejido desgarrador. ¿Qué le pasaba con los hombres? ¿Por qué todas sus historias acababan tan mal? Debió de preguntarle si tenía pareja, pero seguro que se lo hubiese negado. Ya está, había sido una nube de verano. Ahora lo pasaría mal, pero en unos días ni se acordaría. Con ese pensamiento se echó en la cama y se quedó dormida.

Unos golpes en la puerta la despertaron pasadas las tres de la tarde. Se arregló el pelo y fue a abrir. Ante su sorpresa era Álvaro.

—¡Hola! Me comentó Carmela donde vivías y tenía que pasar por aquí. Como no te vi en el chiringuito pensé que quizás querrías venir a comer, están haciendo espetos, la especialidad de la zona. ¿Te apuntas?

—No puedo, me marcho mañana. Estoy preparando el equipaje y estoy ocupada.

—¿Ya te vas? Las fiestas aún no terminaron y menos las vacaciones.

—Las mías sí y si no te importa, tengo prisa.— Profirió tajante cerrándole la puerta en las narices.

Se volvió a sumergir en sus pensamientos. ¿Cómo podía tener la poca vergüenza de ir a su casa? ¿Y por qué Carmela le había dicho donde vivía? No entendía nada. Se fue a la cocina. Buscó una lata de lentejas. La levantó en alto, como si brindara y dijo en voz alta: «¡A tu salud Carmela!». Había tenido de todas las relaciones tóxicas habidas y por haber. Sólo le faltaba un casado. El cupo estaba completo. No quería saber nada de los hombres durante una larga temporada y si eran años luz mejor. Estaba harta. Cuando terminó de comer, recogió. Se acercó a una pequeña estantería tomó un libro, El amante de Lady Chatterley de D. H. Lawrence. Al ver la portada cerró los ojos volviéndolo a colocar. Se fue para al sofá mando en mano. No dejaba de cambiar los canales, cuando el móvil sonó. Lo primero que haría al regresar sería cambiarle la melodía, estaba decidido. Era su amiga otra vez.

—Mara no voy a ningún sitio. Mañana me voy y quiero dejarlo todo listo para cuando lleguen mis padres.

—Cariño, estoy en tu puerta...

A la media hora estaban en el chiringuito de Carmela que llegó a la mesa sonriente como siempre.

—¿Unas cañitas y su tapita, primores?

—No Carmela, nada de alcohol. Tomaré un zumo.— No podía ni mirarle a la cara.

Les puso lo pedido y se sentó con ellas.

—¡Anda Fabiola, que el interrogatorio que me ha hecho Álvaro el hijo del farmacéutico sobre ti, ha sido chico! No me dejaba ni respirar. Que si dónde vivías, los años que tenías... Ya sabes mujer, todas esas cosas. Puedes estar tranquila que te puse como flor de almendro.

No podía esconder su enfado. Se preguntaba que buscaba ese hombre. Si estaba casado, ella no podría ser nunca su amante, aunque quisiese. La sola idea de compartir a alguien al que quería le hacía sentir un nudo en el estómago. Fue Mara la que se adelantó preguntando.

—Y de Carlos... ¿Qué sabemos?— Haciéndole un guiño de complicidad a su amiga.

—Pues que es un buen muchacho, pero lo ha pasado muy mal. Ya sabéis lo que pasa con los trabajos. El tenía una empresa constructora y ganaba mucho. Se casó con la hija del cartero que vive debajo de tu calle, pero llegó la crisis y vino la ruina. Cuando fracasó la empresa; fracasó el matrimonio. Ya ves, con la planta que tiene... tuvo unos años muy malos y ahora que encontró de nuevo trabajo, se divorció de su mujer.

—¡Está divorciado!— Fabiola no pudo reprimir la alegría e incorporarse en la silla de plástico, mientras a Mara se le escapaba una carcajada.

—Sí hija, son una familia muy grande y su hermana no lo deja solo. Este fin de semana le tocaban los niños a él. Hoy estuvo aquí con ellos antes de entregarlos. Bueno niñas, yo me voy que el deber me reclama. El chiringuito no funciona solo. No te vayas mujer, dale una oportunidad que es un buen muchacho— y tras decir esto se pasó las manos por el delantal mirándola y se marchó negando con la cabeza.

—¡Fabiola, está divorciado!

—Esta tarde fue a mi casa y lo eché de malas maneras. No me va a querer ni dirigir la palabra— soltó divertida tapándose la boca, pues no podía ocultar su sorpresa.

Acababan de cenar en un restaurante con unos inmensos ventanales que daban al mar. Fabiola apenas comió y mucho menos habló. Se sentía cohibida, así que la mayor parte del tiempo asentía con media sonrisa o miraba el oleaje pareciendo algo perdida en sus propios pensamientos.

—Creo que ya va siendo hora de irnos —anunció Carlos que se moría de ganas por estar a solas con Mara.

—Yo me iré dando un paseo. Hace buena noche y no estoy lejos— Musitó Fabiola.

—Si no te importa te acompaño —observó Alberto levantándose para irse.

Dieron un corto paseo hasta llegar a su casa. Abrió el bolso para buscar las llaves e intentó despedirse.

—Bueno, nos vemos.

—¿No me invitas a pasar?

—No tengo alcohol que ofrecerte. Ya lo tengo todo empaquetado y apenas hay nada.

—De lo que yo quiero, seguro que tienes.

—¿Que quieres?

—A ti... Tan solo te pido que me conozcas un poco. Hacía tiempo que no me encontraba tan bien con alguien. Me gustaste desde que te vi sola en la playa y puse la sombrilla. Esperaba que te quedases...

—Eres lo peor —dijo riendo.

—Y tú lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Déjame entrar en tu vida...

Abrió la puerta. Se apartó y haciéndole un gesto divertido con la cabeza le invitó a pasar. Él entro sin alejarse de la puerta. Cuando ella entro, la cerró y la apoyó sobre ella mirándola fijamente. Colocó ambas manos a los lados de su cabeza y junto sus labios en un intento de que no se separasen nunca.

Gracias a la invitación de Abby Mujica este relato fue publicado en la antología benéfica Sexy Summer, sus ganancias son a favor de los niños de Venezuela, en el año 2018.

Haikus

Para soñar
la mano de una madre,
el gran remedio.

∞∞∞

Desenterrada,
no tiene el columpio.
Mira la higuera.

∞∞∞

Por tanto pico
parece la montaña
Un ogro dormido.

Gracias a Vanesa Sanmartín por avisarme de esta convocatoria, donde 3 de mis Haikus fueron finalistas en la antología Existencia de Mundo escritura, en el año 2020.

Agradecimientos

Gracias a mi familia por quererme, protegerme y sobre todo por darme la libertad de ser yo. No podría ser de otra manera y sé que no es fácil.

Gracias a Rouss González, Chris M. Navarro, Abby Mujica, Vanesa Sanmartín, Vanessa González Villar por permitirme ser parte de proyectos tan bonitos.

Gracias a la Asociación Blogger que tan buenos momentos me hizo pasar, a todos los participantes que están, estuvieron y estarán. Debo mencionar a Esther Borrero Calderita que nunca pensé que podría echar tanto de menos. Ojalá que desde donde estés puedas ver lo que dejamos a medias.

A mi Compi, María Martínez Diosdado que tanta ilusión me daba participar con ella en las antologías, ¿cuántos premios literarios tienes ya? Eres muy grande. Nunca dejes de escribir, por favor.

Y sobre todo gracias a ti lector que diste una oportunidad a este libro. Shhh, que no se enteré nadie, pero este libro fue creado solo y en exclusiva para ti.

Sobre la autora

Clara R. Sierra (Granada, España; 1977) Escritora, blogger literaria y correctora de estilo y ortotipográfica. Desde el 2013 publica en el blog Athalia la lía. Ha publicado reseñas en la revista La huella digital, artículos en Blasting News y leída en Rac Radio Acapulco (México) con el relato El día menos esperado. Colaboradora incansable en antologías benéficas como: La vida es bella, Pisadas que dejan huella, Sexy summer... etc. Tuvo una mención especial al estar entre los 10 finalistas del concurso literario de Fanpage con el poema Desolada, primer premio en el grupo de Facebook Lecturados con el poema Sentimientos en tres versos y segunda en el concurso Editorial Mujeres del desierto con el relato El día menos esperado. En el 2017 vio un sueño cumplido al ser directora y editora de la revista digital Athalia y Cía. Se considera una adicta a los cursos online, al chocolate y la música de los años 60 y 70. Público el poemario Maripoesías (2019).

Querido lector

Como has podido leer este libro es un recopilación de seis años de escritura. A ti te puede costar un par de minutos opinar con absoluta sobre él.

Si crees que le puede interesar a algún conocido podrías recomendarse lo.

¿Te gustaría comentar algo conmigo sobre el libro? Puedes hacerlo a través del correo electrónico clararsierraescritora@gmail.com estaré encantada de saludarte.